

BOLSILIBROS
BRUGUERA

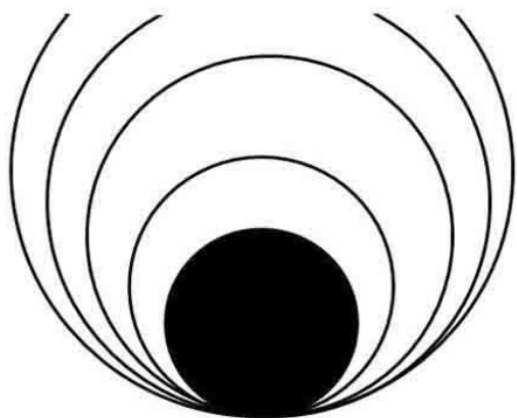
PUNTO
ROJO

EL CRIMINAL LLAMA A LA PUERTA

Clark Carrados



SON MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL CRIMINAL LLAMA A LA PUERTA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.049
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 10.655- 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1982

1ª edición en América: noviembre, 1982

© Clark Carrados - 1982

texto

© Martín - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando sonó el timbre de la puerta, Susan Brade se levantó y fue a abrir. Previamente, había atisbado por la mirilla y vio a un hombre joven, con una caja de herramientas en la mano. El aspecto del hombre era agradable y Susan abrió a los pocos instantes.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Perdón, señora. He venido a revisar la instalación de su antena de televisión. Parece ser que hay interferencias en la zona y se han producido algunas quejas al respecto.

—No tenía la menor noticia... Mi televisor funciona perfectamente —declaró Susan, asombrada.

—Quizá porque sea el que las produce —sonrió el operario, que vestía un mono de trabajo holgado y zapatillas de deporte—. De todas formas, le aseguro que va a ser cuestión de muy pocos minutos. Haré una prueba con mi detector y me iré inmediatamente.

Susan asintió. El operario era un chico joven, pero ya ostentaba una fina barba rubia. Tenía los ojos muy azules y su pelo alborotado rebasaba los límites de la gorra que cubría su cabeza.

—No hay inconveniente —accedió al fin—. Empiece cuando guste.

—Muchas gracias, señora. Si estaba haciendo algo, continúe, por favor. No se preocupe por mí...

Susan volvió a la sala. Por un momento, se detuvo y se contempló al espejo que había allí.

Tenía cuarenta y cinco años y se sentía un poco aburrida. No era la mujer que había sido años atrás, pero, vaya, todavía se volvían los hombres para mirarla cuando iba por la calle.

Inspiró profundamente. Los senos presionaron contra la tela del vestido. «¿Y si me pusiera una bata... sugestiva?», pensó.

El joven continuaba su tarea, con una extraña cajita en las

manos, recorriendo todos los contornos del vestíbulo. Susan fue al dormitorio y se cambió rápidamente. Estiró las medias, se ahuecó el pelo, se puso unas gotas de perfume detrás de las orejas, y regresó a la sala.

El operario continuaba su tarea, profundamente abstraído en las observaciones que hacía en su detector. Susan carraspeó.

—Ejem... Perdone... ¿Le agradecería una copita?

—Muchas gracias, señora; no bebo tan temprano.

—Oh... Dispense.

—Al contrario, muy agradecido.

—Todavía no me ha dicho su nombre, señor...

—Jones, Billy Peter Jones, señora. Puede llamarme Billy, si lo desea.

—Gracias, Billy. Entonces, si no bebe, ¿una taza de café?

—Muchas gracias, señora. Eso sí lo aceptaré...

—Tardaré un minuto, Billy.

Susan fue a la cocina y puso la cafetera al fuego. Estaba llena, de modo que en pocos momentos tuvo caliente el café. Empezó a preparar la bandeja, de espaldas a la puerta, y por ello no vio al operario que asomaba lentamente.

El muchacho tenía una pistola en la mano. Disparó una sola vez.

Susan no se enteró siquiera de lo que había sucedido. El proyectil entró por la nuca y atravesó su cráneo. Cayó muy lentamente, doblando primero las rodillas, como si temiese hacerse daño al chocar contra el suelo.

La pistola volvió a la caja de herramientas. El disparo no había causado apenas ruido. El silenciador lo había impedido.

Vio los coches de la policía y la ambulancia parados frente a la casa, y también notó un buen número de curiosos, y buscó en el acto un lugar donde estacionar su coche. Luego se apeó, cruzó la calle y se acercó a los policías situados en las inmediaciones de la casa.

Uno de ellos le conocía y le saludó cordialmente.

—Quizá haya trabajo para usted, señor Sands —dijo.

—¿Qué ha pasado, Frank?

—Un asesinato. Según tengo entendido, la víctima tenía contratada una buena póliza de seguros.

—Tal vez no pertenezca a mí compañía —contestó Sands.

—¿Por qué no se lo pregunta al teniente Foster? Le han encargado el caso.

—Gracias, Frank. Entraré a ver qué ha pasado.

Gus Sands cruzó el pequeño trozo ajardinado y se asomó al interior de la casa. Fotógrafos y expertos en huellas estaban en plena actividad. Un hombre de unos cuarenta años, bajo, fornido y de vivos ademanes, dirigía las operaciones.

—¿Foster?

El policía se volvió.

—Ah, Gus... —dijo—. ¿Qué haces por estos andurriales?

Sands sonrió.

—Como suele decirse, pasaba por aquí... ¿Qué ha ocurrido?

—Un asesinato. La víctima fue una mujer, Susan Brade.

—¿Arma homicida?

—Un «treinta y ocho», casi seguramente. Con silenciador. Nadie oyó el disparo, lógicamente.

—¿Móvil del crimen?

—Si no es la póliza de seguro...

—¿Era muy elevado?

Foster señaló a la habitación contigua.

—El esposo de la víctima dice que tenían contratado un seguro de vida mutuo, por valor de setenta y cinco mil dólares.

—¿Lo consideras sospechoso?

—Por el momento, no, pero ¿quién sabe? Desde luego, lo hemos comprobado, cuando se cometió el crimen estaba en su oficina, trabajando. Hay una docena de testigos que avalan su declaración.

—¿Dificultades en el matrimonio?

—Ninguna. Los vecinos dicen que era una pareja muy bien avenida. Ella era madura, pero bastante guapa. Alguno ha apuntado que la víctima, tal vez, pudo tener una aventura, pero no se siente capaz de confirmarlo. En todo caso, era muy discreta.

—El marido puede no ser sospechoso, pero ¿y si ha contratado un asesino profesional?

—Investigaremos ese extremo, descuida, aunque no me parece probable.

—Tal vez hubo intento de violación por parte del criminal y luego, al darse cuenta de que no conseguía sus propósitos...

Foster hizo un gesto negativo.

—Las ropas aparecen en perfecto estado y no hay desorden en sus cabellos. Por otra parte, recibió el tiro en la nuca. Ni siquiera debió de enterarse de que disparaban contra ella.

—¿Falta algo en la casa?

—Nada, todo está en orden. El esposo dice que no se han llevado absolutamente nada.

—Entonces, ¿hemos de deducir que es la póliza del seguro el único móvil del crimen?

—Si el esposo no es sospechoso, ¿por qué no pensar en otro motivo?

—¿Cuál, por ejemplo?

—No sé... —contestó Foster de mala gana—. Tal vez un maniaco... Pero si es un chiflado, su mente funciona bien, al menos en un aspecto: no ha dejado ni una sola huella. Una vecina lo vio llegar y nos ha dado su descripción. Parecía un reparador de televisores o un lampista. Llevaba mono y caja de herramientas. Era joven, delgado y usaba una barba rubia, no muy espesa. Vino en un coche algo anticuado, de color verde fuerte...

Sands alzó las cejas.

—Foster, ¿un mecánico o reparador de televisores en un coche corriente? Todos emplean furgonetas, con letreros bien visibles por toda la carrocería. Aunque sean operarios independientes, les conviene anunciarse para conseguir clientela.

—Es verdad —dijo el policía—. No había caído en ese detalle... Pero tampoco nos va a ayudar mucho. La testigo dice que no pudo tomar el número de matrícula del coche. Es un poco miope y no quiere usar lentes, ¿comprendes?

—Desde luego. ¿Me permites hacerle una pregunta al esposo de la víctima? Sólo una, te lo aseguro, y si quieres, puedes estar delante...

Foster movió la mano y Sands se encaminó a la habitación contigua, donde había un hombre sentado en el diván, con la cabeza en las manos y con aire de sentirse profundamente abatido.

—Señor Brade...

El hombre se irguió un poco.

—Diga —murmuró con voz opaca.

—Perdone que le moleste en tan triste situación... Me llamo Sands, investigador de seguros. ¿Puede decirme el nombre de la

compañía en que tenían ustedes contratado el seguro de vida?

—Future, señor Sands.

—Muchas gracias. Le ruego acepte mi sincero pésame, señor Brade.

Sands volvió a la otra estancia. Foster le miró inquisitivamente.

—No era mi compañía —dijo el joven.

Un hombre se acercó en aquel instante.

—Hemos encontrado algo, teniente —anunció—. Posiblemente, es la única huella que dejó el asesino. Tuvo que usar guantes, porque no hemos hallado huellas que no pertenezcan a los habitantes de la casa. Pero ésta puede ser importante: un minúsculo fragmento de pisada.

—¿Una pisada?

—Sí. Zapatilla de deporte, pero apenas sí se nota. Tendremos que estudiarla a fondo, para saber la marca y el número que calza el asesino. Por supuesto, hemos tomado una fotografía y, además, hemos aplicado papel adhesivo, para obtener una impresión directa de esa huella. La examinaremos al microscopio y...

—Avíseme cuando tenga algo concreto —dijo Foster.

—Sí, señor.

Otro policía se acercó.

—Teniente, el forense ha terminado —informó—. ¿Pueden llevarse el cadáver?

—Desde luego.

El médico apareció a los pocos instantes, con un maletín en la mano.

—Impacto de bala, con destrucción del bulbo raquídeo. Muerte instantánea —recitó de carrerilla—. Por el momento, no aparecen señales de violencia en el cuerpo.

—¿Intento de violación?

—No hay huellas de violencia en las prendas íntimas. Estoy por asegurar que el asesino disparó a unos tres metros, cuatro, como máximo, sorprendiendo completamente a la víctima. Ya le enviaré más tarde un informe completo, teniente.

—Gracias, doctor.

Foster se volvió hacia su amigo.

—Te veo preocupado, Gus —dijo.

—Sí. Que yo sepa, éste es el tercer asesinato que se comete en

pocas semanas y teniendo como fondo una sustanciosa póliza de seguro de vida —contestó Sands.

CAPÍTULO II

Gus Sands se sentó en un ángulo de la mesa, sacó un cigarro y se lo ofreció al hombre que estaba sentado al otro lado. Era un sujeto bajito, medio calvo, con lentes de cerco de oro y traje de sarga azul, un tanto anticuado.

—Gracias —dijo el hombrecillo—. Yo no fumo, pero sí tengo un hermano al que le gustan los cigarros. Bien, Gus, suéltelo ya.

Sands se echó a reír.

—Señor Phibbs, es usted listo como un zorro. Ya ha adivinado que quiero preguntarle algo.

—Gus, usted tiene un empleo en la compañía y yo tengo otro. Son distintos, pero se complementan, y usted no viene nunca aquí para comentar el último partido de *rugby* o los escándalos de la estrella de turno. ¿Qué le roe las tripas ahora?

—Tres asesinatos, y los tres con pólizas muy elevadas.

Phibbs asintió.

—Ayer se cometió el último, pero la víctima estaba asegurada en la Future —dijo.

—¿Hemos tenido algún crimen de parecidas características?

—Uno. La víctima se llamaba Dexter Bewton. Cantidad asegurada, sesenta mil dólares.

—¿Qué compañía aseguraba al otro?

—La

Virtus &

Mutual. Ochenta mil dólares.

Sands empezó a contar con los dedos.

—Setenta y cinco de ayer, más sesenta, más ochenta...

—Doscientos quince mil dólares —dijo Phibbs rápidamente.

—¿Ha comentado el caso con otros colegas?

—Por ahora, no. ¿Cree que tiene interés?

—Pudiera tenerlo. Tres asesinatos en pocas semanas, y todos

ellos con elevadas pólizas dan mucho que pensar.

—Eso sí es cierto —convino Phibbs—. Pero, según parece, los beneficiarios son ajenos a estos hechos.

—«Según parece» no es lo mismo que negarlo rotundamente.

—Hay sospechas, pero no se han confirmado. Los beneficiarios son personas de reputación intachable.

—Hasta el más santo peca a veces, señor Phibbs —dijo Sands sentenciosamente.

Phibbs miró a su interlocutor a través de los gruesos cristales de sus lentes. Delante de él había un hombre de unos treinta años, fornido, esbelto, de sonrisa fácil y ademanes desenvueltos. Sands medía más de un metro ochenta y cinco y tenía una frondosa cabellera castaña, que le confería un atractivo singular. Aunque vestía discretamente, no se cuidaba mucho de la indumentaria, pero tampoco aparecía jamás sucio o desaliñado.

Suspiró hondamente.

—A veces le envidió, Gus —dijo—. Es usted joven, simpático, apuesto... La vida le sonríe y carece de preocupaciones.

—Las tengo —contestó Sands jovialmente—. Lo que sucede es que lo disimulo. Pero usted tampoco se puede quejar. Tiene un magnífico puesto, no ha cumplido aún los cincuenta años...

—Cincuenta y dos, Gus —puntualizó Phibbs—. Medio siglo, más dos. Diecinueve mil novecientos ochenta días, sin contar los de años bisiestos. En horas son cuatrocientas cincuenta y cinco mil quinientas veinte...

—Por favor, no siga —dijo el joven riendo—. De todos modos, un día no lejano formará parte del consejo de administración de la compañía. Que yo sepa, es el mejor actuario en dos millas a la redonda y eso es algo que no tiene precio.

—Sí, pero ya he rebasado el medio siglo.

—El tiempo pasa rápidamente, es verdad —convino Sands.

—Muchacho, el tiempo no pasa, se queda —dijo Phibbs melancólicamente—. Lo sabrá cuando llegue a mi edad y... ¿Necesita algo más de mí?

—Por ahora, no.

—Entonces, lárguese a conquistar alguna chica apetitosa y déjeme en paz. Tengo mucho trabajo.

—Me hubiera gustado invitarle a almorzar, señor Phibbs.

—No tendré tiempo. Haré que me suban un bocadillo a la oficina. De todos modos, gracias, Gus.

Sands agitó una mano y se marchó. Quizá se preocupaba en exceso por los asesinatos ocurridos.

Acaso era una simple coincidencia. En una gran ciudad, resultaba inevitable que se cometieran crímenes casi a cualquier hora y de las características más dispares.

Tratarla de olvidar el caso. Ahora tenía que investigar las andanzas de un individuo que había denunciado el robo de un valioso collar de perlas.

Sospechaba que el robo había sido un truco para cobrar los ciento cincuenta mil dólares del seguro contratado.

—Si lo demuestro, ese desaprensivo se verá entre rejas antes de saber qué le ha pasado —masculló.

Se subió la cremallera del chándal de entrenamiento, abrió la puerta de la casa y salió a paso gimnástico hacia el parque situado a unos quinientos metros de distancia.

Todas las mañanas, al menos siempre que le era posible, realizaba de treinta a sesenta minutos de *jogging*, mucho antes incluso de que tal deporte se pusiera de moda. Así se conservaba en forma y ejercitaba y mantenía la elasticidad de sus músculos, ya que no sentía la menor afición por otros deportes.

Llegó a un sendero enarenado y continuó trotando. Delante de él, marchaba una joven de cabello oscuro y silueta que parecía tener muchos atractivos. Sands no pudo resistir la tentación y se emparejó con ella.

—Hola —dijo—. Nunca la había visto antes por aquí.

Ella volvió la cabeza y sonrió. Tenía un rostro precioso.

—Me he mudado hace poco —contestó—. He tenido que arreglar la casa; por eso no salía antes a correr.

—Eso significa que tengo una nueva vecina.

—Según... Yo vivo en el dos mil doscientos once de Parkside.

—Oh, está al otro lado del parque. Mi casa es el seiscientos cuarenta de Chestnut.

—Están en lugares diametralmente opuestos. La distancia es casi de dos kilómetros.

—Tampoco vivimos en las antípodas —rió Sands.

—No, desde luego.

—Perdón, no me he presentado. Soy Gus Sands.

—Ariadna Cramer —dijo la chica.

—No veo el hilo —exclamó él.

—¿Qué hilo?

—El que Ariadna dio a Teseo para guiarse en el laberinto...

Ella se echó a reír.

—No me acordaba de la fábula; pero no parezco una araña, supongo.

—En absoluto. ¿Sabe?, soy jurado de un concurso de belleza.

—¡No me diga! —exclamó Ariadna—. ¿Qué título tendrá la ganadora?

—«Miss Jogging» y la ganadora es usted, porque yo soy el jurado y así lo he decidido.

—Pero si soy la única concursante...

—Por eso, Ariadna.

La joven se echó a reír y suspendió su marcha. Con gesto gracioso, apartó un mechón de pelos de su rostro.

—Ya tengo bastante por hoy —dijo—. Celebro haberle conocido, Gus.

—Digo lo mismo, Ariadna.

Ella llevó la mano al bolsillo de los pantalones y sacó un pañuelo de papel, con el que se enjugó el sudor del rostro. Luego fue a arrojarlo a una papelerera cercana.

De pronto, lanzó una exclamación.

—¿Qué ocurre, Ariadna?

—Habrase visto... —dijo la joven, indignada—. Unas zapatillas de deporte, prácticamente nuevas, y ya las arrojan a la basura...

—No merece la pena que se lleve un disgusto. Hay gente muy derrochadora —contestó Sands.

—Sí, pero a veces resulta excesivo... Casi me dan ganas de llevármelas a mi casa.

—Por mí puede hacerlo. No se avergüence de ello.

Ariadna cogió las zapatillas, pero las volvió a lanzar a la papelerera casi en el acto.

—Bah, de todas formas no me servirían. Son dos números mayores que el que uso. —Miró al joven y sonrió—. Hasta la vista, Gus.

—Adiós, Ariadna.

Ella se alejó trotando. Sands lanzó un grito:

—Ariadna, ¿vendrás mañana?

—¡Seguramente! —contestó la chica.

—Volveremos a vernos.

—Sí, Gus.

Sands sonrió, dio media vuelta y emprendió el regreso a su casa. Cuando terminase de ducharse, tomaría el desayuno. Luego volverla a reanudar la investigación sobre el collar de perlas extraviado.

A mediodía, cansado y hambriento, entró en un restaurante para reponer sus fuerzas. Pidió un sustancioso almuerzo y se entregó a la tarea con ímpetu. Veinte minutos después, se sentía mucho mejor.

Entonces reparó en la joven que almorzaba en la mesa contigua.

Era muy rubia y parecía sumamente esbelta. Vestía con gran elegancia, aunque discretamente, y estaba leyendo unas cartas que, sin duda, había traído consigo.

Los lentes que usaba para leer no atenuaban su belleza. Sands observó que llevaba el pelo peinado con raya en medio y sujeto al moño situado en la nuca. Las orejas quedaban al descubierto, mostrando unos pequeños pendientes en unos lóbulos de trazado perfecto. La blusa que llevaba bajo la chaqueta era de cuello cerrado, sujeto por un broche en forma de medallón, con relieves de estilo griego.

Ella tomó un sorbo de café. Luego, con ayuda de un cuchillo, rasgó un sobre y extrajo de su interior un papel, que desdobló en el acto.

Segundos después, lanzó una exclamación de ira:

—¡Miserable! Pero ¿qué se habrá creído ese canalla?

La joven se quitó los lentes y los dejó sobre la mesa. Sus manos se unieron en un retorcimiento convulsivo.

—Es indignante... No comprendo cómo hay gentes que puedan decir unas cosas así...

Sands se sintió lleno de curiosidad al apreciar la situación de la joven. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se levantó y pasó a la otra mesa.

—¿Le ocurre algo malo, señorita? ¿Puedo ayudarla?

Ella alzó los ojos. Eran muy azules, rasgados, de pupilas cristalinas.

—No creo que le interese a usted —contestó secamente.

—Perdone, no quise ofenderla. Pero la he visto leer una carta y he oído algunas exclamaciones de enojo. Si se trata de una carta ofensiva, tengo buenos amigos en la policía y podrían hacer algo en su favor.

—¿Es usted policía? —preguntó ella.

—No, aunque a veces lo parezco —sonrió Sands. Sacó su billetera y extrajo una tarjeta—. Investigador de la Compañía de Seguros

Sun &

Peace —añadió.

—¡Sun & Peace! —exclamó la joven—. Precisamente la misma que me pagó hace un par de meses...

—¿Algún accidente?

—Mucho peor. Me pagaron una suma por un asesinato.

Sands retiró un poco la silla que tenía a mano, para sentarse a continuación frente a la muchacha.

—Por favor, cuénteme, señorita...

—María Magdalena van Kroondt —dijo ella.

—Gus Sands —se presentó el joven—. ¿Cuál es su problema?

Ella le entregó la carta. Sands paseó la vista por los renglones escritos con grandes caracteres de mayúsculas y letra muy irregular.

*«Hace dos meses, murió Owen R. Shanmore. Aparte de los bienes que dejó, tenía contratada una póliza de seguro por valor de dólares. Puesto que le hicimos un favor, estimamos correcto nos corresponda con la cuarta parte de dicha suma. Deberá tenerla lista en el plazo máximo de una semana; ya le indicaremos la forma de entregarla. Por supuesto, el aviso a la policía queda totalmente excluido. Tal vez se niegue a colaborar con nosotros, pero, a fin de que se convenza de que no bromeamos, le rogamos compre mañana los periódicos de la tarde
100 000*

».

Luego miró a la joven.

—Le piden veinticinco mil dólares.

—Ya lo sabe, señor Sands.

—¿Qué piensa hacer?

—No pagar, naturalmente. ¿Cree que tengo miedo?

—¿Quién era Shanmore?

—Mi tutor. Me recogió cuando murieron mis padres; yo tenía entonces ocho años. Fue para mí un verdadero padre y yo le quería como si lo fuese realmente. Murió cuando yo me hallaba ausente en Europa, en un viaje de estudios.

—La carta dice que le hicieron a usted un favor. ¿A qué favor se refieren?

Ella se puso rígida.

—Mi tutor tenía una salud de hierro. Ahora lo comprendo. No murió de un ataque cardíaco, sino asesinado.

—¿Qué dijo el forense?

—No encontró síntomas de envenenamiento. Pero, a pesar de todo, certificó el ataque cardíaco.

—Si fue un asesinato, lo hicieron con gran habilidad. Señorita, ¿me permite que guarde la carta?

—¿Qué piensa hacer, señor Sands?

—Usted ha dicho que no quiere pagar.

—No, en absoluto. Esto es un chantaje y no pienso ceder por nada del mundo.

—En tal caso, la entregaré a un amigo policía y haré que se ocupe del caso. Pienso que, por otra parte, no es el primero.

—¿Cómo? —se sorprendió la joven.

—Perdone, pero no puedo ser más explícito por el momento. ¿Tiene que ir a alguna parte? Si es así, la acompañaría con mucho gusto.

—Tengo mi coche en la puerta; gracias, señor Sands.

El joven sonrió.

—María Magdalena... La llamarán Marlén.

—No, señor.

—Marylen.

—Tampoco.

—Lena.

—No ha acertado ni una —rió ella.

—Entonces, ¿cómo la llamarán?

—María, hombre. Es lo más sencillo, ¿no le parece?

—Desde luego.

—Y usted Gus, de Augustus...

—No —sonrió Sands.

—Gustavus.

—Tampoco. El nombre, algo rimbombante, desde luego, es Magnus, pero desde muy pequeño empezaron a llamarme Gus y así continúo.

María empezó a recoger las cartas. Sands llamó al camarero.

—Permita que la invite —dijo—. Ya la llamaré por teléfono cuando sepa algo. Si me da su número y su dirección, por supuesto.

—No hay inconveniente, Gus —accedió ella.

CAPÍTULO III

Trotaba por la mañana cuando, por el rabillo del ojo, percibió que tenía compañía.

—Hola, Ariadna.

—Se te han pegado las sábanas, Gus —dijo ella.

—Sí, me he levantado un poco tarde. Tuve trabajo.

—¿Por la noche?

—A veces no hay más remedio, Ariadna.

—Sí; la vida es muy dura, Gus.

Corrieron durante un rato. Luego, Sands dijo que era hora de separarse.

—¿Por qué no vienes a desayunar conmigo? —sugirió Ariadna de repente.

Sands se sorprendió del ofrecimiento.

—No me gustaría ser una fuente de molestias para ti... aunque, desde luego, daría buena cuenta de una fuente con huevos y jamón.

—Entonces, sígueme y yo tendré las molestias y tú los huevos con jamón —dijo Ariadna riendo.

Minutos más tarde entraban en el apartamento de la joven. Era pequeño, pero elegante.

—Voy a darme una ducha rápida, Gus. Luego puedes hacerlo tú.

—No tengo ropas apropiadas...

—Te envuelves en una toalla y ya está, hombre.

Veinte minutos más tarde, Sands terminaba de secarse cuando vio que se abría la puerta del baño. Presurosamente, se cubrió con la toalla y vio que Ariadna sonreía de un modo singular.

—Vienes a anunciarme que el desayuno está preparado.

—Más tarde, Gus —respondió ella.

Sands apreció que Ariadna no se había cambiado de ropa después de la ducha. Aún llevaba puesta la bata corta de felpa roja.

Ariadna dio dos pasos y puso sus manos en la toalla. No tenía

cinturón y la bata se abrió completamente.

—Deberíamos posponer el desayuno —sugirió.

Sands sonrió.

—Es una idea excelente —repuso.

Ariadna hizo un gesto con los hombros y la bata cayó al suelo. Luego, de pronto, dio un tirón y se quedó con la toalla de Sands en las manos, pero, inmediatamente, la arrojó a un lado.

—El desayuno puede esperar, Gus —murmuró.

—Sin duda alguna —convino él.

Había fuego en los labios de Ariadna. Sands no vaciló en quemarse. Ella también ardió.

—¿Qué haces, Gus? —preguntó Ariadna, cuando le ponía delante un plato completamente lleno.

—Trabajo, claro.

—Ya me lo supongo, aunque por lo que veo no estás sometido a un horario fijo.

—¡Horror! —Se espantó Sands—. Creo que me moriría si tuviese que acudir a una oficina ocho horas al día. Y sin embargo, en ocasiones, trabajo mucho más tiempo. Pero lo prefiero así.

—Sin duda debe ser una labor fascinante —apuntó ella.

—No creas, a veces es muy aburrida, terriblemente rutinaria, pero jamás tanto como un escritorio y ocho horas diarias. Soy investigador de una compañía de seguros.

—Una especie de detective, vamos.

—Pues... sí, en cierto modo, así es. Si se produce un incendio, yo lo investigo, para ver si ha sido casual o intencionado. Si roban unas joyas, yo procuro investigar también, aunque sin interferir la labor de la policía. Al contrario, si averiguo algo interesante, informo, siempre, claro, sin perjuicio de los intereses de mi compañía.

—Entonces, no investigas divorcios, infidelidades y cosas así.

—No, a menos que estén relacionados con el pago de alguna indemnización por una póliza contratada. Pero eso no es corriente.

—Comprendo. ¿Te gusta la profesión?

—No, en absoluto.

—¿Qué te gustaría ser? —preguntó Ariadna, sorprendida.

—Multimillonario. Me tumbaría todo el día panza al sol, tendría una docena de criados atentos al menor de mis deseos, cuatro

aviones, dos yates, veinte automóviles, diez o doce mansiones en todas las partes del mundo, un batallón de abogados para defender mis intereses...

—Y un montón de mujeres hermosas para que te rascasen la barbilla —dijo ella maliciosamente.

—No lo creas, Ariadna.

—Hombre, no irás a decirme ahora que eso te disgustaría. Por lo que he podido comprobar, te agrada como al que más.

—Sí, pero es que no me has entendido. Un montón de mujeres hermosas sería como... ¿A ti te gusta el pollo asado?

—Naturalmente. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Si te ponen delante un cuarto de pollo asado, te lo comerás y quedarás la mar de satisfecha. Si sirven en tu mesa a la vez treinta pollos asados, ¿comerás más de un cuarto?

Ariadna sonrió.

—Creo que comprendo —dijo—. Una sola mujer y, cuando te canses, el relevo.

—Sí, pero hablo en hipótesis. Sólo sucedería si tuviese una inmensa fortuna... pero no son más que sueños y no me atormento pensando en lo que no tengo y no puedo conseguir. Y hablando de otra cosa. ¿Qué haces tú?

Ariadna sonrió ligeramente. Luego empezó a trazar con el índice círculos sobre la mesa.

—Nada. Vivo —contestó.

—Pero no del aire.

—Claro que no, tonto.

—¿Entonces...?

Ella guardó silencio. Sands creyó comprender.

—No me gustaría ofenderte, pero... ¿tienes un amigo?

—Sí. Viene una vez por semana. Es muy atento y educado. Tiene una mujer que es una arpía y, además, no le quiere conceder el divorcio. Viene, pasa un rato conmigo, charlamos, se desahoga... y luego se marcha. Me pasa una pensión mensual y no impide que yo... me distraiga un poco, siempre que sea discreta y esté aquí el día en que él va a venir.

—Lo siento, Ariadna. Imagino que es una clase de vida que no debe de gustarte demasiado, pero... si pudiera hacer algo...

—Nada, Gus; muchas gracias. De todos modos, esto es mejor que

andar callejeando en busca de «clientes». Nunca se sabe con quién puede tropezarse una.

—Es cierto —convino él.

—¿Has terminado? ¿Quieres más?

Sands se limpió los labios y se golpeó el estómago con la mano.

—He tenido suficiente —sonrió.

Ariadna le miraba provocativamente.

—Si quieres tomar... el postre... —invitó.

Sands consultó su reloj. De pronto, dio un salto.

—Cielos, como me descuide voy a llegar tarde —exclamó—.

Ariadna, gracias; volveré otro día.

—¿Trabajo, Gus?

—Sí, por desgracia.

Sands se había puesto ya el traje gimnástico.

—Rebajaré las grasas del desayuno por el camino —sonrió.

Llegaba ya a la puerta, cuando ella le llamó:

—Gus...

—Dime, Ariadna.

—Ven cuando quieras, a cualquier hora del día o de la noche, menos... los jueves por la tarde.

Sands asintió.

—Hasta la vista —se despidió.

Había sido una aventura muy agradable. Ariadna era una chica muy hermosa... pero no le seducía la idea de compartirla con otro hombre.

«Claro que no lo sabías cuando ella fue a buscarte al baño», se dijo, mientras trotaba de regreso a su casa.

El hombre entró en la tiendecita y se detuvo en el acto, como si le hubiesen clavado los pies al suelo.

—Oiga, usted no es...

Sands sonrió.

—No, no soy Buckey Malone —contestó—. Pero puedo atenderle lo mismo. Soy su hijo.

El individuo respiró.

—Nunca supe que Buckey tuviese un hijo —declaró.

—Me marché de casa cuando era un jovencito. He estado muchos años con los marines. Al fin, decidí venir a reconciliarme con mi padre. Es un hombre duro, pero excelente; lo que sucede es

que yo era un chico mal educado y no supe comprenderle entonces. De momento, me ha dejado a cargo de la tienda... Oiga, ¿por casualidad es usted Joe *el Rana*?

—Sí, pero no me gusta que me llamen así —rezongó el hombre.

—Dispense, mi padre no me dijo su apellido... Sólo dijo que vendría hoy a hacer un trato... Me indicó la forma de hacerlo... ¿Ha traído la pieza, Joe?

—Desde luego, pero no aceptaré menos de veinte de los grandes. Si piensa pagar más, encantado. Menos, me llevaré la... cosa.

—Veinte de los grandes está bien; papá me dijo que la pieza lo vale. Pero necesito comprobar su autenticidad.

Joe le miró con desconfianza.

—Si ha estado tanto en el Ejército, no entenderá de este asunto demasiado —dijo.

—Bueno, vamos a probarlo. Por otra parte, papá dijo que usted es persona de confianza y que no iba a traerle una copia.

—No, nunca —protestó el sujeto—. Soy un hombre honrado, amigo...

—Gus; puede llamarme Gus, Joe.

—Encantado, Gus. —El Rana meneó la cabeza—. Mira por donde, le sale un hijo al viejo Buckey...

Metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo blanco, que ocultaba algo de cierto volumen. Desanudó el pañuelo y lo puso encima de la mesa.

—Gus, ¿qué me dice, eh? Son perfectas, ni una sola tara... ¿Verdad que valen veinte mil?

Sands extrajo una lente de joyero y se la aplicó al ojo izquierdo. El ladrón estaba inclinado hacia adelante, con las dos manos apoyadas en el pequeño mostrador, en cuyo centro brillaban esplendorosas las perlas robadas.

Súbitamente, Sands efectuó un veloz movimiento. Antes de que el Rana pudiera darse cuenta de lo que sucedía, ya tenía las muñecas sujetas por dos argollas de acero.

—Se acabó, Joe —dijo el joven severamente—. Te he pillado con las manos en la masa y esta vez no vas a librarte con unos pocos meses de cárcel.

El Rana lanzó una obscena imprecación.

—¡No hay derecho! —Gruñó—. Esto es un atropello. Yo vine

aquí a hacer una operación decente y ahora me sale un maldito policía...

—No soy policía, sino investigador de la compañía de seguros, y he grabado la conversación, Rana —dijo Sands sin inmutarse.

La boca del ladrón se abrió estúpidamente. Al otro lado de la tienda sonaron unos ruidos extraños.

Sands sonrió.

—Buckey Malone está ahí, bien atado y amordazado —dijo—. Te hará compañía en el patio del penal, y digo en el patio, porque no sé si os pondrán en la misma celda.

Bruscamente, Joe dio media vuelta y echó a correr.

Sands lanzó una maldición. Saltó por encima del mostrador y se precipitó tras el ladrón, que ya había franqueado la puerta.

En aquel instante, un hombre pasaba por delante de la tienda de compraventa. Un coche de color oscuro rodaba junto a la acera.

El conductor empuñó una pistola y empezó a disparar. El transeúnte cayó en el acto.

Los disparos continuaban. El Rana quedó al descubierto una fracción de segundo y recibió un impacto en el hombro izquierdo. Sands retrocedió a la carrera, mientras el Rana se desplomaba aullando.

El coche se alejó rugiendo. Sands se arriesgó a asomar un poco la cabeza.

Sobre la acera yacían dos cuerpos. Uno de ellos ya no se movía.

El ladrón chillaba como un cerdo camino del matadero. Sands se arrodilló un instante junto al otro y meneó la cabeza. Luego se volvió hacia el Rana.

—No te quejes, Joe. Tú, al menos, podrás contarle. El otro ya no es de este mundo —dijo.

CAPÍTULO IV

Llamó a la puerta y aguardó unos momentos. Una mujer de mediana edad, ataviada con un traje gris, con cuello y puños blancos, abrió la puerta.

—¿Sí?

—Perdón, señora. Quizá me he equivocado de casa... Busco a la señorita van Kroondt...

—Vive aquí, señor —contestó la mujer—. ¿Desea verla?

—Si no hay inconveniente, sí, me gustaría verla. Tenga la bondad de pasarle mi tarjeta.

La sirvienta tomó la tarjeta y se retiró. Sands quedó en el vestíbulo, estupefacto ante la decoración que le rodeaba y que parecía sacada de una película de misterio, ambientada a finales del siglo pasado.

Los muebles y las paredes eran de madera oscura, brillante. Había un par de palmeras de salón y en las paredes vio algunas reproducciones de cuadros famosos. La escalera que conducía al primer piso, arrancaba del centro y se dividía en dos ramales, que luego formaban una galería con balaustrada de madera tallada, la cual contorneaba todo el ámbito del enorme vestíbulo. Pendiente del techo había una colosal lámpara de araña, cuyo valor, aunque no fuese más que por la antigüedad, debía de ser elevadísimo.

—Y esa chica vive aquí... —murmuró, pasmado de asombro.

Marta se hizo visible a los pocos momentos. Vestía un sencillo traje de color amarillo pálido, con muy poco escote y ofrecía un aspecto encantador. Sonrió agradablemente al ver a su visitante.

—Me alegro de que haya venido, Gus —dijo—. ¿Quiere pasar al despacho? Tomaremos el té, si le parece. ¿O prefiere café?

—Seguiré sus costumbres —contestó él.

—Bien. —Ella se volvió hacia la sirvienta—. Señora Kirhall, café, por favor.

—Sí, señorita.

María se volvió y echó a andar.

—La señorita Kirhall era el ama de llaves de mi difunto tutor. Yo la he conservado el puesto. En realidad, es muy útil y no sabría gobernar la casa sin ella.

—Comprendo.

Entraron en el despacho. Sands no estaba preparado para contemplar una cosa semejante. Había esperado ver un cuarto de trabajo relativamente espacioso, pero no una estancia de dimensiones tan grandes como su apartamento. El techo era muy alto y había una galería superior, en voladizo, que permitía el acceso a las interminables estanterías repletas de libros que había allí.

La mesa estaba en un rincón, también muy grande, con un gigantesco globo terráqueo al lado. En las paredes inferiores había más estantes con libros y algunos huecos, ocupados por cuadros de indudable valor.

Frente a la entrada había una gran chimenea, en la que ardían algunos troncos. Dos enormes divanes estaban situados perpendicularmente al muro y permitían sentarse al calor del fuego. En el rincón opuesto había un piano de cola, con la tapa bajada y encima un gran jarrón de cerámica, con flores.

—María, deje que me recupere —pidió él—. Pensé que viviría en una casa... digamos de cierto lujo, pero esto es un palacio...

Ella sonrió suavemente.

—Pertenece a mi tutor —explicó—. No tenía otra familia y me nombró heredera universal de sus bienes. Y del seguro de vida que había contratado y cuyo importe percibí hace un par de semanas.

—Su tutor, sin duda, parecía una persona aficionada a las Bellas Artes. ¿Acierto?

—Es verdad —respondió ella—. Era profesor de Historia del Arte, una eminencia en su especialidad, aunque esté mal que yo lo diga. Tenía una gran reputación y en numerosas ocasiones lo llamaban para que dictaminase sobre la autenticidad de un cuadro dudoso. Yo era su ayudante y también estudiaba Historia del Arte. Precisamente estaba en Europa, siguiendo un curso, cuando murió. Tuve que volver precipitadamente...

—Lo siento de veras —sonrió Sands—. ¿Qué hará ahora?

¿Seguirá estudiando?

—Sí, es un tema que me apasiona y muy pronto podré graduarme. Después... Bien, cuando llegue ese momento, tomaré una decisión.

La señora Kirhall entró en aquel momento. María le tomó la bandeja y la puso sobre la mesa baja que había ante la chimenea.

—Pero, siéntese, Gus... Ah, y deje el maletín que ha traído. ¿O es que contiene algo valioso?

—Según se mire —respondió Sands—. Luego le explicaré... Un solo terrón, por favor.

El café era exquisito. María añadió una copa de *brandy* viejísimo.

—Delicioso —elogió él.

—Mi tutor era aficionado también a la buena mesa, que se complementa, como no ignora, con una buena bodega. Abajo tenemos unos cuantos barriles con vinos y licores realmente excepcionales.

—El profesor Shanmore era hombre que sabía gozar de las cosas buenas de la vida, indudablemente. María, dígame, ¿ha leído los periódicos, como le recomendaba el autor de la carta?

—Sí, Gus.

Ella se levantó y volvió con un diario, en el que podía leerse la noticia de un asesinato.

—Sospecho que es esto lo que quiere que lea el chantajista.

Sands se concentró en la lectura. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Caramba, sí que es casualidad!

—¿Hay algo de interés en la noticia, Gus?

—Por supuesto. Aunque, afortunadamente, no mencionan mi nombre, yo soy uno de los testigos que presenciaron el asesinato de Dexter Mohr.

—¡Asombroso! —dijo María—. ¿Lo ha visto, Gus?

—A cuatro pasos de distancia. Me libré por los pelos, y perdone la vulgaridad de la expresión. El asesino hirió, además, a un tipo al que acababa de detener... Pero aquí no explican los motivos de la muerte de Mohr.

Terminó de leer la información sobre el asesinato y dejó el periódico a un lado.

—Quizá no era esto lo que el chantajista quiere que lea usted —apuntó—. De todas formas, pronto saldremos de dudas.

Abrió el maletín y sacó algo, que puso sobre la mesita, junto al teléfono. Hizo unas cuantas manipulaciones y luego señaló con el índice un punto del aparato que había traído consigo.

—María, sospecho que el chantajista la llamará para decir algo relacionado con los periódicos de la tarde. En cuanto suene el teléfono, presione la tecla de grabación. Supongo que sabe cómo se maneja una grabadora.

—Claro —sonrió ella.

—Si llama el chantajista, será rápido y no hablará mucho. No permitirá que le entretengan, a fin de evitar ser localizado, pero si grabamos su mensaje, podemos obtener buenos resultados. A veces, una frase, una simple palabra, pueden proporcionar pistas muy valiosas.

—Parece que tiene experiencia sobre el particular —comentó María.

—Podría decirse que me han salido los dientes en el oficio —rió el joven—. Mi padre ya era investigador de la

Sun &

Peace, aunque ahora ya está retirado. A los dieciocho años ya le acompañaba yo en muchas de sus pesquisas, lo cual no impidió que me graduase en Derecho. Pero el sueldo es bueno y estoy muy bien considerado en la compañía, de modo que no ejerzo particularmente como abogado.

—Quizá es mejor que pasarse ocho horas detrás de un escritorio, Gus.

—Sin duda alguna, María. Bien, no quiero seguir molestándola más. La llamaré mañana...

El teléfono sonó en aquel instante. María fijó la vista en Sands.

El joven presionó la tecla de grabación. Luego levantó el teléfono y se lo entregó a María.

—¿Sí? —dijo la muchacha.

—¿Es usted la señorita Van Kroondt?

—En efecto. ¿Quién es usted?

—Le escribimos una carta pidiéndole la cuarta parte de cien mil dólares. También le aconsejábamos la lectura de los diarios de la tarde. Un tal Mohr ha muerto a balazos. Recibió un mensaje como

el que le enviamos a usted y no quiso pagar. Se lo decimos para que piense en las consecuencias que podría acarrearle su negativa a entregarnos veinticinco mil dólares. Piénselo bien durante una semana. La llamaremos para indicarle la forma de entregar la suma mencionada. Adiós.

La voz se calló. Sands volvió el teléfono a la horquilla, rebobinó la cinta y la puso en marcha nuevamente, para oír el mensaje por segunda vez. María le contemplaba con inquietud.

—Si no le importa, me llevaré la cinta para estudiarla a fondo. Caso de que haya encontrado algo de interés, se lo comunicaré inmediatamente.

—Sí, pero ¿qué debo hacer, Gus? No conozco a ese individuo y no tengo por qué pagarle... aunque la amenaza de muerte no tiene nada de agradable.

—De momento, hay una semana de plazo. Y podemos alargar más ese plazo, cuando la llame para darle instrucciones sobre la entrega del dinero. No se preocupe; todo marcha bien por ahora.

Hizo una pausa y añadió:

—Menos para Dexter Mohr, claro.

Mohr no había querido pagar, pensó, mientras regresaba a su casa. Significaba una cosa: había recibido el importe de una póliza de seguro de vida y no había hecho caso de la petición del extorsionista. Éste lo había acribillado a balazos, tanto por venganza como por dar ejemplo a otras posibles víctimas. Metería la nariz en el asunto, decidió en aquel mismo momento.

Estaba sumido en la tarea, cuando de pronto oyó una voz conocida:

—Gus, ¿qué está husmeando en mis archivos?

Sands se volvió sonriendo.

—¿Suyos o de la compañía, señor Phibbs?

—Están a mi cargo, Gus.

—Sí, lo sé. Fue solo una frase, claro. Dispense, pero usted tardaba en venir y me permití echar un vistazo...

—¿Puedo saber qué le preocupa, muchacho?

—Owen Shanmore, un acaudalado profesor de Historia del Arte, que falleció hará cosa de dos meses.

—Sí, un ataque cardíaco. Pagamos una indemnización de cien mil dólares. La beneficiaría era su ahijada, una tal María Magdalena

van...

—El nombre está aquí. Van Kroondt.

—Bueno, fue una operación de rutina... Se hicieron las comprobaciones de costumbre, todo estaba en regla y no había motivos para eludir el pago. ¿Algo más?

—Sí, señor Phibbs. Ayer murió asesinado un tal Dexter Mohr. Me preguntaba si tenía póliza contratada con la compañía.

—Un cuarto de millón —respondió el actuario instantáneamente.

—Tiene usted una memoria privilegiada. ¿Cobró la indemnización?

—Por supuesto. Se pagó por el incendio de su fábrica.

—Ah, no era un seguro de vida.

—No. Tenía una pequeña fábrica de botones para prendas de vestir. Esos negocios son muy proclives a los incendios, pero quedó establecido, sin lugar a dudas, que Mohr cumplía con todas las reglamentaciones y que el incendio fue completamente accidental. ¿Sospecha acaso que ese incendio pudo ser provocado? Lo investigó Donald Heeter, y es de los buenos detectives de la compañía.

—No, en este caso era simple curiosidad. Presenció el asesinato de Mohr, justo cuando había echado el guante al ladrón del collar de ciento cincuenta mil dólares, eso es todo.

—Una buena labor, muchacho —sonrió Phibbs—. Supongo que se llevó un susto mayúsculo.

—Figúrese. Gracias, señor Phibbs, y disculpe mí... frescura.

El actuario sonrió.

—Es usted un tipo magnífico, Gus —dijo—. Venga por aquí siempre que quiera.

—Gracias. Le debo una cerveza.

—No bebo, Gus.

—¿Le gustan los caramelos de menta? Puesto que no fumo...

Los dos hombres se echaron a reír. Phibbs dio una palmada en los anchos hombros del joven.

—El dueño del collar anunció que pagada una recompensa de cinco mil dólares —dijo—. Ande, vaya a cobrarlos... y reparta un poco con alguna chica bonita.

Sands pensó inmediatamente en Ariadna, pero era jueves y decidió que iría otro día a celebrar el éxito de la recuperación del

collar.

—Hasta la vista, señor Phibbs.

—Hasta la vista, Gus. Ah, y me gustan los caramelos de menta.

—No lo olvidaré, descuide.

CAPÍTULO V

Donald Heeter era un sujeto bastante mayor que Sands, grueso, casi fofo, medio calvo y con un aspecto absolutamente inofensivo. Pero más de uno que había intentado engañarlo se había llevado después un chasco mayúsculo. A Heeter le gustaba parecer tonto, pero no lo era en absoluto.

Cuando vio a Sands, sonrió y alargó una mano hacia él.

—Felicidades, Gus. Has resuelto brillantemente el caso del collar de los ciento cincuenta mil pavos.

—Hubo un poco de suerte —contestó el joven, a la vez que se acomodaba en un taburete, junto a su colega—. Te invito para celebrarlo, Donald; pide lo que quieras a mi cuenta.

—Otro de lo mismo —dijo Heeter—. Maudie, preciosa, llena mi copa otra vez —se dirigió a la *barmaid*.

—A mí también —pidió Sands.

La *barmaid* se inclinó en ángulo recto para servir las copas. Heeter alargó la mano y la metió desenvueltamente por el escote.

—Duros y redondos, pero naturales —dijo.

—Lo han sido siempre —contestó ella, picada.

—A veces pienso que los hinchas con una bomba de aire para venir a despachar —rió Heeter—. ¿Me permites que pinche con un alfiler...?

—Pínchale a tu tía, so fresco.

Sands se echó a reír.

—Maudie no es una muñeca hinchable, Donald.

—Tampoco mi mujer y está hinchada otra vez —contestó Heeter.

—¿Vais a por el cuarto?

—Pero, Gus, ¿en qué mundo vives? ¡Será el sexto!

Maudie guiñó un ojo al joven.

—No les gusta la televisión, y tienen razón, porque con los

programas que emiten... —dijo cáusticamente.

Llegó otro cliente y Maudie se marchó, dejándolos solos. Heeter despachó la mitad de su copa y luego dijo:

—Bueno, Gus, suéltalo ya de una vez. ¿Qué te quema las tripas?

—Mohr y el cuarto de millón que la compañía pagó por el incendio de su fábrica —contestó Sands.

—Ah, Mohr —dijo Heeter.

Durante unos segundos se entregó a la fascinante tarea de rascarse el costado derecho por dentro de la chaqueta. Pasa ron casi treinta segundos antes de que volviera a hablar.

—El incendio de la fábrica de botones —dijo por fin—. No encontré la menor prueba de que fuese provocado. Y sin embargo, el instinto me dice que Mohr la quemó para cobrar el seguro. Pero no puedo poner mi instinto en un informe escrito. Sólo me permiten incluir pruebas, Gus.

—¿Investigaste la posición económica de Mohr?

—Si yo fuese un dentista y le hiciese abrir la boca, cuando estaba vivo, por supuesto, le habría visto los talones a través de la garganta —contestó gráficamente el investigador—. El negocio marchaba bien, él no tenía deudas y vivía feliz con su esposa. Ahora su viuda, claro.

Heeter se volvió hacia el joven.

—Gus, ¿por qué te interesa precisamente este caso, que no te habían asignado?

Sands dio una palmada en el hombro de su amigo.

—Te daré la respuesta cuando haya hablado con la viuda de Mohr —dijo.

La señora Mohr hacía poco que había regresado de los funerales. Todavía llevaba puesto el vestido de luto y resultaba evidente que luchaba con ferocidad contra el avance de las grasas. Sands pensó que la faja que se adivinaba bajo el traje negro podía estallar en cualquier momento, con resultados terroríficos.

«Y luego habría que pintar la sala», se dijo.

Emma Mohr parecía una mujer de carácter. Se mantenía muy serena.

—Ya he hablado con la policía —dijo—. Quiero que encuentren al asesino y lo metan en la cárcel por el resto de sus días.

—Lo harán, señora, descuide —aseguró Sands—. La pregunta

que quería hacerle es, quizá, un tanto delicada, pero le ruego una respuesta sincera. Podría conducir al arresto del criminal.

—Bien, hable, por favor.

—¿Sabe si su esposo, después de haber cobrado la indemnización por la destrucción de su fábrica, recibió algún anónimo exigiéndole cierta suma de dinero?

—¡Ya lo creo que lo recibió! —exclamó Emma coléricamente—. Pero mi esposo se lo tomó a broma. Por supuesto, no pensaba pagar. Él no había quemado la fábrica, ¿comprende?

—Ah, le acusaban de haber provocado el incendio.

—Sí, lo cual es una indecente calumnia. No teníamos apuros económicos, el negocio marchaba satisfactoriamente; rendía lo suficiente para que no careciésemos de nada... ¿Por qué destruir la fuente de nuestros ingresos?

—Parece lógico una actitud semejante —observó Sands—. ¿Cuánto le pidieron a su esposo?

—Una quinta parte de la indemnización, esto es, cincuenta mil dólares.

—¿Le llamaron por teléfono para indicarle la forma de entregar el dinero?

—Sí, y mi esposo envió al diablo al tipo que le pedía los cincuenta mil dólares. Ya no hubo nada más, hasta que lo asesinaron...

La voz de Emma Mohr flaqueó ligeramente, pero ella se recuperó muy pronto.

—¿Algo más, señor Sands?

—Una última pregunta, por favor. Cuando tuvieron la primera noticia sobre la petición de dinero, ¿cómo sucedió? ¿Algún mensaje escrito?

—Sí, pero se lo entregué ayer al teniente Foster.

Sands entró en el despacho y se sentó en un ángulo de la mesa. Eben Foster estaba hablando por teléfono y aguardó pacientemente a que terminase. Cuando el policía dejó el auricular, Sands le entregó un cigarro.

—Acepto el soborno —dijo Foster jovialmente—. ¿Qué quieres sonsacarme ahora, sabueso?

—Tú tienes el mensaje que Mohr recibió y en el que se le exigía pagase cincuenta mil dólares.

—En efecto. Me lo entregó la viuda y yo lo he pasado al laboratorio. ¿Por qué te interesa ese asesinato? ¿Tal vez porque lo presenciaste en primera fila?

Sands metió la mano en el bolsillo y sacó un papel que puso sobre la mesa.

—Otra carta análoga, Eben —dijo.

Foster sacó los lentes del bolsillo superior de su chaqueta y se los puso. Al cabo de unos instantes, miró al joven por encima de los cristales.

—Gus, ¿puedo quedarme con la carta?

—El extorsionista dice que no se debe comunicar a la policía.

—Ya me lo has comunicado. Haré que lo comparen con la carta de Mohr.

—Por eso te la traje. ¿Sabes, Eben?, sospecho que hay una banda que se está especializando en seguros de vida.

—¿Competencia con las compañías legales?

—En cierto modo. ¿Recuerdas la muerte de Susan Brade?

Foster se sintió desazonado.

—No me lo digas —gruñó—. El asesino cometió un crimen perfecto, y eso que llamó a la puerta en pleno día. Pero lo único que tenemos son cinco centímetros cuadrados de la huella de una zapatilla de deporte. El mecánico de la barba rubia no se ha dejado ver de nuevo.

—He hablado con la gente de Future. La señora Brade estaba asegurada en setenta y cinco mil dólares. Sé de otros dos asesinatos más, con pólizas que suman en total ciento cuarenta mil dólares.

—Gus, ¿sospechas una epidemia de beneficiarios de pólizas de seguro de vida?

—No lo sé. Matar a una persona para cobrar el seguro de vida es siempre muy arriesgado. Pero sucede a veces.

—Se suele descubrir al criminal.

—Por supuesto. Sin embargo, en todos los casos, los beneficiarios son absolutamente irreprochables. Es un asunto que me tiene muy intrigado, precisamente porque es completamente nuevo para mí, aun pareciendo algo ya visto. No sé si me entenderás, Eben...

—Te comprendo perfectamente, muchacho. Bien, déjalo en nuestras manos. Veremos de echarle el guante al extorsionista.

—Sin perjudicar a la señorita Van Kroondt, por supuesto.

—Es lo primero que tendremos en cuenta, Gus.

—Gracias, Eben. Ah, una cosa. ¿Qué forense certificó la defunción de Owen Shanmore? Me interesaría hablar con él...

—El doctor Simpson. Tengo entendido que Shanmore murió de un ataque al corazón.

—Sí, pero, a pesar de todo, quiero conocer la opinión de Simpson.

—Muy bien. Ahora estará en su despacho. Le avisaré que vas a verle, Gus.

—Gracias, Eben.

Foster sonrió.

—No hay como un buen cigarro para obtener la colaba ración de un policía —dijo amistosamente.

El doctor Simpson escuchó a Sands y se reclinó en su sillón. Puso los codos en los brazos del mueble, juntó las yemas de los dedos y carraspeó un par de veces, antes de decidirse a hablar.

—Bien, joven, respecto al señor Shanmore le diré una cosa: yo no examiné el cadáver —manifestó.

Sands respingó.

—Creí que le habrían hecho la autopsia...

—Nada de eso. La sirvienta encontró a Shanmore muerto en su cama. Había algunas cosas revueltas en el dormitorio y pensó en un principio que se trataba de un asesinato. Por eso avisó a la policía. Pero cuando yo llegué, ya estaba el médico personal de Shanmore, quien me aseguró que el difunto padecía de una dolencia del corazón. Ante ese testimonio, yo no tenía nada que hacer y me retiré y la policía suspendió sus investigaciones, lógicamente.

—¡Qué raro! —murmuró Sands—. Tengo entendido que el profesor Shanmore gozaba de una salud excelente.

—¿Por qué no habla con su médico?

—¿Le conoce usted?

—Sólo le vi en aquella ocasión. Es el doctor Hallburton, pero no sé dónde vive... Como me vio receloso, me mostró su documentación profesional y vi que estaba en regla.

—Entiendo. —Sands se puso en pie—. Gracias por todo, doctor Simpson.

—He tenido mucho gusto, joven —contestó el forense.

En el amplio vestíbulo del edificio había varios teléfonos públicos. Sands usó uno de ellos para llamar a casa de María.

—¿Le suena el nombre del doctor Hallburton? —preguntó, apenas estuvieron en comunicación.

—Vagamente —contestó ella—. ¿Por qué lo dice?

—Es el médico que firmó el certificado de defunción de su tutor. Pienso ir a hablar con él y se me ha ocurrido que quizá a usted le gustaría acompañarme.

—Por supuesto, Gus.

—Bien, en tal caso, arréglese; pasaré por su casa dentro de veinte minutos.

—Está bien. Gracias por haberse acordado de mí.

Sands colgó el teléfono y suspiró. «¿Quién podría olvidarse de ti, María, habiéndote visto una sola vez?», pensó.

Abrió la puerta y escrutó con ojos recelosos al muchacho que estaba en el umbral, con un brazo en cabestrillo.

—¿Doctor Hallburton? —preguntó el chico.

—Sí, yo soy...

—Perdón, doctor. Me he cortado la mano y querría que usted le echase un vistazo. Si la herida lo merece, iría al hospital.

—Pudo haber ido al hospital inmediatamente, señor...

—Morris, Jim Morris. Bueno, su casa está más cerca y...

El chico sonrió. Era muy joven, no tendría más de veinte años, calculó el galeno. La mano derecha aparecía envuelta en un trozo de trapo blanco, en el que se veían algunas manchas rojas.

—Está bien, pase —accedió Hallburton finalmente.

Dio media vuelta, cruzó el vestíbulo y llegó a su consultorio, seguido por el herido. «Estos melenudos...», se dijo.

El muchacho vestía una vistosa cazadora, llena de etiquetas de todas clases, pantalones vaqueros, camisa a cuadros y llevaba pendiente del cuello un enorme medallón de metal dorado. Además, llevaba unas grandes gafas amarillas. El pelo, largo, castaño, llegaba casi hasta sus hombros. Mascaba chicle, cosa que a Hallburton le desagradaba profundamente.

—¿Cómo se ha hecho la herida? —preguntó.

—Fui a abrir una lata de conservas, me resbaló la mano y...

—A veces pasa, en efecto. Es preciso ser más cuidadoso, muchacho.

—Un descuido lo tiene cualquiera, doctor.

Hallburton se acercó a un lavabo que habla en un rincón del consultorio y empezó a lavarse las manos.

—Quítese la venda —ordenó.

—Sí, doctor.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Hallburton dijo:

—Oiga, Jim... Esa herida no será de bala, supongo.

—Por supuesto que no, doctor.

—Más de uno ha venido a verme, para que le curase de una herida de bala, porque no quería pasar por un hospital, donde habrían tenido que informar a la policía. Yo soy un médico honesto, ¿me oye?

—Sí, doctor.

El muchacho terminó de quitarse la venda. Entonces, metió la mano en el bolsillo posterior de los pantalones y sacó una larga aguja.

Sin hacer el menor ruido, se acercó al médico. De pronto, alargó la mano izquierda y le tapó la boca.

—De modo que un médico honesto —dijo—. ¿Y el certificado de defunción del profesor Shanmore? Diagnosticó un ataque al corazón y no era cierto.

Hallburton se agitó convulsivamente. Algo muy puntiagudo se apoyó en su pecho.

—Un día podrían hacerle preguntas indiscretas y no quiero que las conteste —prosiguió el muchacho—. Le gusta mucho beber y todos los borrachos se van de la lengua con facilidad.

La aguja se clavó súbitamente a fondo. Hallburton sufrió un terrible estremecimiento.

El muchacho mantuvo la presión unos instantes. Cuando notó que el médico perdía sus fuerzas, aflojó la presión, pero sin soltarlo, ayudándolo a quedarse tendido sin ruido.

Los ojos de Hallburton estaban en blanco. El muchacho sacó la aguja y la limpió cuidadosamente en las vendas que se había quitado y que volvió a guardar en un bolsillo, junto con el cabestrillo.

A continuación, se quitó la cazadora y le dio la vuelta. Las gafas amarillas fueron sustituidas por otras de apariencia normal, con montura de acero. Una segunda peluca negra, de cabellos cortos,

sustituyó a la de las largas melenas. La transformación era así completa.

Luego se encaminó hacia la puerta. Abrió una rendija. El barrio parecía tranquilo. Salió a la calle y se alejó con paso medurado, sin dejar de mascar chicle.

Un poco más adelante, se sacó el chicle de la boca con dos dedos y lo disparó a un imbornal de alcantarilla.

—Buena puntería —dijo satisfecho.

CAPÍTULO VI

—Usted sospecha algo en la muerte de mi tutor —dijo María.

—Sospecho, pero no tengo pruebas —respondió Sands, a la vez que abría la portezuela del coche—. Quizá ahora consigamos algo.

—¿Lo cree así?

—Hemos hablado con la señora Kirhall. Ella fue la que encontró muerto al profesor. Vio algún desorden en la habitación, creyó que se trataba de un crimen y llamó a la policía.

—En efecto, así sucedió —contestó ella.

—Pero cuando el forense llegó, el doctor Hallburton había firmado ya el certificado de defunción. Sucede que, según ustedes, el profesor había gozado siempre de una salud magnífica y que no había motivos para sospechar un ataque cardíaco.

—Bien, eso es algo que puede sobrevenir inesperadamente...

—La vida del profesor era metódica, un tanto rutinaria, sin altibajos. No era un ejecutivo de empresa, sometido a una constante tensión. Bebía con mucha moderación y sólo fumaba tres o cuatro pipas al día. Tampoco hacía excesos con la comida y no digamos con las mujeres. Todos los días daba un paseo, a paso normal, de cuatro o cinco kilómetros. El ataque cardíaco se pudo producir, a pesar de una vida tan sana, pero yo me permito dudarlo, y más después de la inesperada presencia del doctor Hallburton en la casa.

—La señora Kirhall dice que sólo le había visto un par de veces, pero nunca por motivos profesionales. Parece que el doctor Hallburton era también un aficionado a las Bellas Artes y había visitado a mi tutor, a fin de comentar algún tema artístico.

—El profesor solía madrugar. A las siete, como máximo, ya estaba en pie. El día de su fallecimiento, la señora Kirhall se extrañó de no verlo aparecer en el comedor, a la hora del desayuno, invariablemente a las siete y media. Aguardó unos minutos más y, en vista de que el profesor no se hacía visible, subió a su habitación.

Entonces fue cuando lo halló muerto.

—Y avisó a la policía, porque observó cierto desorden...

—Hizo bien. Cualquiera de nosotros habría obrado de una forma semejante. Sigamos, María. Llegó primero una patrulla, luego avisaron a los de Homicidios, éstos vinieron y empezaron las primeras pesquisas y después avisaron también al forense. Y entonces fue cuando Hallburton entró en escena.

—Pasaba por las inmediaciones de la casa, vio los coches de la policía y entró a preguntar lo que había sucedido. Entonces fue cuando se encontró muerto a mi tutor —dijo María.

—Para entonces, eran ya las nueve y media de la mañana. Diez minutos más tarde, estaba redactando el certificado de defunción. ¿No le parece sospechoso?

Ella entornó los ojos.

—¿Quiere decir que, suponiendo que mi tío fuese asesinado, le avisó alguien para que viniera a firmar el certificado de defunción?

—Exactamente, María. Francamente, cada vez estoy más convencido de que fue un asesinato. ¿Por qué tuvo que aparecer Hallburton tan oportunamente? Dijo a los policías que era amigo del profesor, según recuerda la señora Kirhall, ¿no es cierto?

—Sí, Gus.

—Fue muy astuto. No dijo que era médico personal del difunto, porque el ama de llaves podía haberle contradicho.

Pero, aunque sólo hubiese hablado con él un par de veces, podía titularse amigo del difunto.

—Si certificó en falso, es un médico venal...

—María, en todas las profesiones hay garbanzos negros —contestó el joven.

Callaron durante unos momentos. Luego, ella hizo una pregunta:

—Gus, si se demuestra que hubo asesinato, ¿qué puede suceder?

—Se han cometido varios crímenes y se han pagado unas pólizas de seguro muy elevadas. Alguien está matando a la gente por dinero. Si ese asesino está o no en connivencia con los beneficiarios de las pólizas, es algo que está por ver, y la muerte del profesor es un eslabón más en esa infernal cadena de muertes.

—Y usted, por tanto, quiere descubrir al asesino.

—Sí, María, porque, además, la ha amenazado a usted y yo no quiero que le suceda nada —contestó Sands firmemente.

Momentos más tarde, llegaban a la casa de Hallburton. Era una vivienda con varios pisos y el del médico estaba en la planta baja. Sin embargo, era preciso subir una escalera de seis o siete peldaños, antes de llegar a la puerta.

Sands subió en un par de saltos y tocó el timbre. Al notar que nadie le contestaba, tanteó el pomo de la puerta. María le contemplaba con cierta aprensión.

El joven abrió y alargó un poco el cuello.

—¡Doctor Hallburton!

La casa aparecía en silencio. Sands terminó de abrir y dio unos pasos en el interior de la vivienda. Divisó otra puerta entreabierta, siguió andando y entonces vio un cuerpo tendido en el suelo.

—María, me parece que hemos llegado demasiado tarde —dijo.

Ella se estremeció.

—¿Le ha ocurrido algo?

Sands entró y se arrodilló junto al caído. Tocó su pulso, meneó la cabeza y se levantó.

—Voy a llamar a la policía —anunció—. Creo que Hallburton ha fallecido víctima de un síncope, pero me parece demasiada coincidencia.

—¿Sospecha que ha sido asesinado?

—No me extrañaría en absoluto, María.

La señora Kirhall trajo el carrito con el servicio de café. María llenó las tazas y las ofreció sucesivamente a los dos hombres que se hallaban en el gabinete de trabajo.

—Lo que me pide no es fácil de conseguir, Gus —dijo el teniente Foster.

—Ya me lo imagino, pero si encuentra obstáculos, dígamelo y algún alto jefazo gordo de la

Sun &

Peace intervendrá para que permitan la exhumación del cadáver del profesor Shanmore. La señorita Van Kroondt está de acuerdo en que se realice la autopsia.

—Han pasado dos meses y medio...

—El doctor Simpson es un forense muy competente. Si hubo asesinato, lo descubrirá.

—En resumidas cuentas, Gus, ¿qué sospecha usted?

—Se lo diré enseguida, teniente —contestó el joven. Sacó una libreta del bolsillo y recitó—: Andrew Bewton, asesinado de un balazo en el corazón. Había contratado un seguro de vida por valor de sesenta mil dólares. Max Millard, muerto por envenenamiento. Seguro de vida: ochenta mil dólares. Profesor Shanmore, aparentemente muerto por un ataque al corazón. Seguro de vida: cien mil dólares. Susan Brade, muerta de un disparo. Seguro de vida: setenta y cinco mil dólares. Total, hasta ahora. —Sands recalcó las dos palabras—, trescientos quince mil dólares. Si el asesino ha pedido la cuarta parte, como en el caso de María, está en trance de embolsarse la nada despreciable cifra de casi ochenta mil dólares, en el transcurso de cuatro meses.

—A veinte mil por mes. Un bonito sueldo, teniendo en cuenta que no paga impuestos —dijo Foster mordazmente.

—Parece ser, sólo lo parece, que los beneficiarios son inocentes de esas muertes. Ahora bien, el asesino exige una parte del dinero cobrado como indemnización. En el caso de la señorita Van Kroondt, no ha recibido aún la suma exigida, pero ha puesto como ejemplo a Dexter Mohr, quien no había querido pagar lo que el asesino le había pedido.

—Es decir, Mohr estaría vivo si hubiese pagado.

—Justamente. Ahora, teniente, creo que le toca a usted y uno de los pasos, en mi opinión, consiste en realizar la autopsia del profesor Shanmore.

—¿Qué piensa pudo producirle la muerte? ¿Un veneno, como en el caso Millard?

—Tal vez una aguja de sombrero, arma empleada para matar al doctor Hallburton, quien, por cierto, también firmó el certificado de defunción de la persona que acaba de nombrar.

Foster apuró su café y se puso en pie.

—Voy a comenzar las gestiones inmediatamente —anunció.

Sands levantó una mano.

—Teniente, ¿qué hay del mensaje recibido por la señorita Van Kroondt?

—Los expertos en caligrafía dicen que el papel es distinto al del mensaje que recibió el esposo de Susan Brade. Creen que ambos mensajes fueron escritos por la misma mano, pero no pueden asegurarlo todavía. Las muestras de escritura son radicalmente

distintas.

—Los rasgos de escritura que han sido realizados por una misma mano son siempre identificables.

—A veces cuesta mucho, cuando el tipo de letra es de mayúsculas y se emplea mucho rato en redactar el mensaje, a fin de evitar rasgos similares en la escritura. Eso es lo que deducen los expertos... por ahora.

—Gracias, teniente. Avíseme cuando haya terminado los trámites de la exhumación.

—Descuide, Gus. Señorita...

Foster se marchó. Sands y la muchacha quedaron a solas.

—Faltan dos días solamente para que me llame el asesino —murmuró ella preocupada.

—Le echaremos el guante, descuide. —Sands sonrió—. ¿Se le ha pasado ya?

María hizo un gesto afirmativo.

—Sí. En realidad, no me he impresionado demasiado. Parecía como si Hallburton hubiese fallecido de muerte natural; no había violencia en sus ropas ni desorden a su alrededor...

—Un brillante trabajo del asesino. Nadie vio ni oyó nada, ni se percibió el menor ruido o desorden sospechoso. Así, el asesino pudo realizar su mortífera tarea con toda tranquilidad.

—¿Lo conocería Hallburton?

—Es muy posible.

—Si lo conocía, ¿por qué le abrió la puerta?

—Simplemente, no sospechaba sus intenciones. El criminal llamó a la puerta... y cerró para siempre la boca posiblemente comprometedor del doctor Hallburton —concluyó Sands.

Sands asomó la cabeza y sonrió alegremente.

—Señor Phibbs, ¿le importa que empolve un poco mi nariz?

—Para eso están los lavabos, hombre —respondió el interpelado.

—No soy una dama, señor Phibbs. Yo quería decir que si puedo meter la nariz en sus archivos. Siempre hay polvo en un archivo...

—Gus, siempre será usted el mismo. ¿Cuándo aprenderá a tomarse la vida más en serio?

—La vida ya es bastante seria para que uno no trate de alegrarla con unas gotas de humor propio —respondió el joven—. ¿Permiso para subir a bordo, capitán?

Phibbs extendió una mano.

—Los archivos son suyos, marinero —dijo en el mismo tono—. Y, cuénteme, ¿qué anda buscando ahora?

—El profesor Shanmore murió, oficialmente, de un síncope cardíaco. Sospecho que fue un asesinato. Pero si se contrató un seguro de vida, tuvo que haber previamente un informe médico y también revisiones periódicas.

—Es cierto. ¿Por qué sospecha que pudo haber asesinato, Gus?

—Según mis noticias, estaba más sano que una manzana todavía en el árbol. Vamos a ver si los médicos de la compañía son de la misma opinión.

—Incluso en el árbol, una manzana puede tener su gusanito.

—Sí, pero no es corriente.

Sands se acercó a la enorme batería de armarios metálicos y empezó a hurgar en uno de ellos. Momentos después, sacaba una carpeta, cuyo examen comenzó de inmediato.

Cuando terminaba, vio que Phibbs sacaba su reloj de bolsillo y miraba la hora.

—¿Le falta mucho, Gus?

—¿Tiene que marcharse?

—Sí. He de encontrarme con un colega a las diez y media. Me queda ya poco tiempo. Pero, de todos modos, si necesita algo, pídalo a mi secretaria.

Sands sonrió.

—Es usted un tipo magnífico, señor Phibbs. Oiga, bonito reloj ese que tiene...

—Me lo regaló mi mujer cuando cumplimos los veinticinco años de matrimonio. —Phibbs se puso serio de pronto—. Murió seis meses más tarde.

—Lo siento tantísimo. Imagino que debía de quererla... —Fue una mujer maravillosa, Gus.

Phibbs permaneció un instante callado. Luego, meneó la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

—Es la vida, muchacho —suspiró.

—Sí, señor —contestó Sands.

El actuario se volvió, cuando ya estaba a punto de salir. —¿Tiene que mirar más expedientes?— preguntó.

—El de un tal Andrew Bewton, asesinado de un disparo. La

viuda percibió sesenta mil dólares de indemnización. —¿Sospecha que pudo contratar a un asesino?

—No lo creo, pero... nunca se sabe, señor Phibbs.

El actuario hizo un gesto afirmativo.

—Sí, tiene razón, Gus, no deje de mantenerme al corriente de sus investigaciones —solicitó cortésmente.

—Así lo haré, señor —respondió el joven.

CAPÍTULO VII

Cuando trotaba por el parque, vio delante de él una silueta conocida y aceleró un poco el paso, hasta emparejarse con la madrugadora deportista.

—Hola, Ariadna.

—¡Gus! —exclamó ella alegremente—. ¿Dónde has estado todos estos días? Pensé que estarías en el Polo...

—Sí, contratando seguros de vida a las focas, contra los arpones de los esquimales —respondió Sands en tono jovial—. ¿Qué es de tu vida, preciosa?

—Ya ves, lo mismo de todos los días. ¿Y tú?

—Me sale el trabajo por todos los poros del cuerpo.

—Procura expulsarlo con el ejercicio, Gus.

—A veces resulta imposible. Pero lo intentaré, de todas formas.

Callaron durante unos minutos. Luego, Ariadna anunció sus intenciones de regresar a casa.

—Puedo preparar un desayuno para dos —agregó.

—¡Hum! —dijo él.

—Después de la ducha, Gus.

—Ariadna, no me tientes.

—Yo te invito a ducha y desayuno. Si quieres algo más, hazme una sugerencia.

—No veo la manzana, pero es como si la tuvieras en la mano.

—¿Te molesta?

—Todo lo contrario, pero...

Ella se detuvo de pronto y apartó con la mano un rebelde mechón de cabellos.

—Comprendo lo que piensas, Gus, y no te lo reprocho.

—Ariadna, me sabría muy mal herirte...

—No te preocupes. Sí, soy una entretenida, una mujer que vive de lo que le paga un fulano que viene a visitarle una vez a la

semana. Ya te dije que no era una vida que me agradase, pero hay cosas peores. Las esquinas de las casas en la calle, por ejemplo.

—Ariadna...

Sands apretó los labios un instante. Luego, de pronto, agarró su brazo y la empujó hacia adelante.

—Ducha y desayuno solo —dijo.

—Lo que quieras, Gus —sonrió ella.

Pero luego sucedió lo inevitable. Ariadna era joven y muy hermosa, y su cuerpo ofrecía innumerables atractivos. Sands se sintió débil, porque también era joven y rebosaba vitalidad.

—Eres irresistible —suspiró el joven más tarde—. Tendré que variar mi horario de practicar deporte.

Ariadna se echó a reír.

—No te lo tomes tan en serio, Gus —dijo—. Ha ocurrido... porque tenía que ocurrir, simplemente.

—Sí, pero es que...

—No quieres compartirme con otro, ¿verdad?

Sobrevino una pausa de tenso silencio. Ariadna llenó la taza de café del joven.

—Gus, quiero decirte una cosa —habló al fin—. Procura comprender mi posición, pero, más todavía, trata de no profundizar. Cuando quieras, ven a verme. Si deseas algo más, te complaceré, y si no, charlaremos como buenos amigos. No deseo, si tú no lo quieres, formar parte importante de tu vida, ¿comprendes?

Sands la miró de hito en hito.

—Ariadna, ¿por qué?

Ella se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—Eres una mujer elegante, distinguida —continuó él—. Tienes buena presencia y sabes moverte con gracia. Hay mujeres muy guapas, es cierto, pero son como... yeguas salvajes, sin gracia ni simpatía. Tú lo tienes todo. Podías haber llegado muy alto...

—Gus, te lo ruego —pidió Ariadna tensamente—. No comentes más el tema. Tómame como soy o déjame.

—Lo siento. No quería ofenderte.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Dispénsame, estoy un poco nerviosa...

—¿Problemas? Si puedo ayudarte, lo haré con mucho gusto.

—No, nada que tenga importancia, Gus.

—Por favor, Ariadna,...

La joven sonrió.

—Olvidémoslo, ¿quieres?

Se puso en pie, dio la vuelta a la mesa y se inclinó para besarle. La bata se abrió y los senos rozaron levemente el rostro del joven.

—Gus, sólo se vive una vez —dijo ardientemente.

—Eso es lo malo —contestó él.

Y de nuevo se dejó llevar por el fuego de la pasión, pero cuando abandonó la casa, pensó que no le convenía volver. Ariadna podía romper su equilibrio y era una perspectiva que no le agradaba en absoluto.

Llamó a la puerta y esperó unos momentos. Una mujer abrió y le miró con curiosidad.

—¿Sí?

—¿Señora Bewton?

—En efecto...

—Permítame que me presente, señora. Sands, de la compañía de seguros

Sun &

Peace. —El joven le entregó una tarjeta—. Desearía hablar unos momentos con usted, señora.

—¿Qué sucede? ¿Hay algún problema con la póliza que contrató mi difunto esposo?

—Puede haberlo, señora.

—Oh, no —protestó la mujer—. Se encontró todo en regla y cobré la indemnización...

—Los problemas, en todo caso, no provienen de usted, aunque no niego que puede tener relación con ellos. ¿Me permite?

Laura Bewton se echó a un lado. Metió la mano en el bolsillo de su vestido y miró aviesamente al joven.

—Señor Sands, si se propone algo malo, le advierto que tengo un revólver y sé cómo usarlo —dijo.

El joven sonrió.

—Ya tiene más que yo, señora. Nunca he poseído un arma y no sabría cómo usarla. De todos modos, si sospecha de mí, podemos llamar a la policía.

La expresión de Laura cambió en el acto. Su mirada se tornó

insegura.

—No hace falta que llame a la policía —contestó—. Confío en usted, señor Sands.

—Muchas gracias, señora. Siento tener que reavivar viejos recuerdos, pero he de mencionar forzosamente la muerte de su esposo.

—Fue un asesinato canallesco. El pobre Andrew no había tenido jamás enemigos.

Sands contempló unos instantes a la mujer. Era alta, delgada, de rostro chupado y pecho liso. Debía de tener un genio infernal, calculó. Bewton no había tenido enemigos fuera de casa; había sido suficiente con su esposa.

—Estoy de acuerdo con usted —sonrió—. Y dígame, ¿cuánto le pidió un anónimo comunicante a poco de la muerte de su esposo?

Laura saltó en su asiento.

—¿Cómo lo sabe usted? —chilló.

—Le pidieron dinero, ¿verdad?

Ella desvió la mirada.

—Quince mil dólares...

—¿Pagó?

—No tenía otro remedio... El autor del mensaje me disparó un tiro cuando estaba en la bañera. Luego me llamó por teléfono y me dijo que podría matarme como y cuando quisiera, si no le pagaba. Prometió que me dejaría en paz para siempre, en tal caso...

—Y entregó el dinero.

—Si —admitió Laura con un hilo de voz.

—¿Puede decirme cómo efectuó la entrega del dinero?

—Hice un paquete con los billetes. Una caja vacía de cigarros, envuelta en un papel.

—¿Y después?

—Me indicó un banco del parque Silverstone y una hora.

—¿Qué hora?

—Las siete de la mañana. Dejé el paquete en el banco señalado, me marché y ya no supe nada hasta que me llamó por teléfono y dijo que me daba las gracias y que ya no volvería a molestarme más.

—Ha cumplido su palabra, supongo.

—Sí, en efecto.

—Una última pregunta, señora Bewton. ¿En qué banco dejó el dinero? ¿Lo recuerda?

—Sí, en el paseo Sur, cuarto banco a contar desde la entrada de aquel sector.

—Muchas gracias, señora —se despidió Sands.

Hattie Millard era la antítesis de la señora Bewton. Alta, rubia, esbelta, terriblemente seductora y con ojos muy críticos, que examinaron al visitante con mirada experta.

—De modo que viene a hablarme de la muerte de mi esposo —dijo ella, después de las primeras frases de introducción.

—Si no le molesta...

—No, no me molesta —contestó la señora Millard—. Tampoco me molestó demasiado quedarme viuda, si he de serle sincera.

Sands respingó.

—No comprendo...

Hattie fue a un aparador y levantó la tapa de una cigarrera.

—Señor Sands, ¿cómo me ve usted?

—Señora, por Dios...

—Vamos, hombre, sea sincero. ¿No me encuentra terriblemente apetitosa?

Sands empezó a temer lo peor y se preparó para emprender una presurosa retirada.

—Bueno, sí, es muy guapa...

—Mi esposo hubiera podido tenerme a su disposición en cualquier momento. Y así fue en la primera etapa del matrimonio. Luego vino la segunda etapa.

—¿Qué pasó?

Hattie despidió una intensa bocanada de humo.

—Descubrí que era aficionado a los hombres —contestó.

—¡Caramba!

—Me lo confesó él mismo. Dijo que se había casado con migo porque ocupaba un alto puesto en una empresa y temía perderlo, si se enteraban de su defecto. De modo que me buscó como tapadera y... Bien, no duró mucho. Supongo que alguno de sus «amigos» lo envenenó por celos.

—¿Cómo se produjo el envenenamiento?

—Solía acudir todos los días a un bar llamado

Vroll's

, después de su trabajo, a tomar una taza de café. El día de su muerte tomó el café y volvió a casa. Un cuarto de hora más tarde, estaba muerto.

—Perdón, señora. Ese local... ¿sabe si es frecuentado por hombres con el mismo defecto que su esposo?

—No lo sé. Nunca he estado allí, señor Sands.

—Ya. Ahora permítame una pregunta. Después de la muerte de su esposo, ¿le pidieron dinero? ¿Veinte mil dólares?

Hattie se sobresaltó enormemente.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó casi a gritos.

—¿Es cierto o no?

—Sí —admitió ella.

Luego, la señora Millard declaró algo muy parecido a lo que había dicho Laura Bewton. Al terminar, Sands inquirió:

—¿Dónde dejó el dinero?

—En el paseo del lado Sur del parque Silverstone, cuarto banco a contar desde la entrada.

—¿A las siete y media?

—Sí, señor Sands.

—Muchas gracias, señora Millard.

Sands se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a salir, recordó algo y se volvió.

—Señora, su esposo murió joven. Había cumplido poco más de treinta años. Sin duda, no le quedaría ninguna pensión de su empleo.

—No, aunque la empresa me dio una indemnización. Veinticinco mil dólares, señor Sands.

El joven contempló un instante la lujosa decoración del apartamento.

—Eso cuesta dinero —comentó.

Hattie sonrió.

—Tengo quien sufraga mis gastos —contestó significativamente.

—Un hombre afortunado —se despidió Sands.

Estaba un poco cansado y decidió regresar a su casa. Se daría un baño, prepararía una cena ligera y...

—Un poco de lectura y a dormir —se dijo.

Cuando iba a abrir la puerta, notó que una sombra oscura se

abalanzaba sobre él.

Algo húmedo y caliente acarició su rostro repetidas veces. Sands estuvo a punto de caer al suelo, pero logró mantener el equilibrio, mientras procuraba apartar de sí al enorme perrazo que había acudido a saludarle.

—Aparta, «King» —ordenó, con fingida aspereza—. No vengas a embaucarme; tu ama no quiere que te proporcione vicios...

El can, un enorme perro lobo, ladró alegremente.

—Aunque darte un buen hueso no es fomentar tus vicios precisamente —añadió el joven—. Bien, «King», vamos a ver juntos qué encontramos en la nevera.

Abrió la puerta y el perro se precipitó hacia adelante, con sonoros aullidos de júbilo. Pero al segundo salto, surgió de alguna parte un vivísimo fogonazo y se oyó una espantosa detonación.

«King» se asustó, dio media vuelta y salió huyendo, con el rabo entre piernas, a la vez que emitía lastimeros aullidos. Sands estaba aún en la puerta, con la llave en la mano, completamente aturdido por lo que acababa de suceder.

Encendió todas las luces. Con grandes precauciones, avanzó unos cuantos pasos y entonces vio el delgado hilo metálico, que «King» había roto con el poderoso impulso de sus cuarenta y tantos kilos de peso.

El cable había estado situado a la altura de sus rodillas, atravesando la puerta que comunicaba la sala con el resto de la casa. Era un hueco que no tenía puerta y Sands asomó la cabeza precavidamente por el otro lado.

Había una escopeta recortada, sujeta a la pared, con los gatillos conectados al hilo metálico. La escopeta se hallaba a poco más de metro y medio del suelo y, de no haber sido por la inesperada presencia del perro, habría muerto instantáneamente, destrozado por la descarga de postas, cuyas señales se advertían siniestramente en la pared frontera.

—Me he salvado por los pelos —dijo, todavía estremecido por saber que estaba vivo por milagro.

CAPÍTULO VIII

Había un par de policías en la casa y María se extrañó enormemente de verlos allí. Pero apenas llegó, vio que los policías se marchaban y corrió al encuentro del joven.

—Gus, ¿qué ha ocurrido? —preguntó.

Sands le enseñó el cable metálico.

—¿Ha oído en alguna ocasión esa frase tan manida «su vida pendía de un hilo»? —preguntó.

—Sí, pero no comprendo...

—Hay alguien al que no le gusta que ande husmeando por ahí —contestó Sands—. Simplemente, han tratado de asesinarme.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella.

—Ahora llegarán los expertos para llevarse el arma que ha estado a punto de dejarme los hombros lisos. Venga, venga...

Sands condujo a la muchacha al otro lado de la puerta y le enseñó la escopeta todavía sujeta a la pared. María sintió un escalofrío al ver el arma.

—¿Cómo logró salvarse, Gus? —preguntó.

—La señora Rawlins, mi vecina, tiene un perro lobo, y el animal me conoce desde que era un cachorrillo. Muchas veces se escapa del jardín vecino, cuando me ve llegar, y corre a saludarme, porque sabe que siempre le doy un hueso o algo de comer. Abrí la puerta, el animal corrió al frigorífico, cuya ruta conoce de sobras, y tropezó con el cable atravesado a dos palmos del suelo y que yo, seguramente, no habría sabido ver. Al tensar el cable, accionó los gatillos de la escopeta...

María se dejó caer sobre una silla.

—Sí, ha tenido la vida en un hilo —convino—. Pero ¿cómo se han enterado de que usted...?

—Se han cometido unos crímenes muy bien planeados, con objeto de percibir parte del importe de las pólizas del seguro. Eso

indica una cosa con toda claridad: una magnífica información.

—El asesino tiene espías que le informan...

—Sin duda alguna.

María hizo un ademán.

—Pero lo que consigue, a mi entender, no es demasiado. Claro que para otros puede ser mucho, Gus. Sin embargo, si tiene que pagar a sus espías, y no puede contentarles con un par de dólares, las ganancias, según yo lo veo, no pueden ser muy elevadas. ¿Qué le parece, Gus?

—Un razonamiento totalmente acertado, María. También yo me lo he preguntado en más de una ocasión, pero aún no he conseguido encontrar la respuesta. Por cierto, no la he invitado a tomar una taza de café siquiera...

Ella se puso en pie.

—Ya me marchaba —contestó—. Sólo vine a decirle que mañana harán la autopsia a los restos de mi tutor. Me lo dijo el teniente Foster. Ha tratado de comunicarse con usted, pero no podía encontrarle. También a mí me sucedió algo parecido y por eso vine a verle en persona.

—Gracias, María. Supongo que no querrá estar presente en la autopsia.

—No tendría fuerzas. ¿Irá usted?

—Sí, lo creo necesario.

—Avíseme en cuanto sepa algo. Ah, mañana se cumple el plazo que dio el extorsionista. ¿Qué le contesto?

—Primero, no se olvide de hacer funcionar la grabadora. Segundo, diga sí. Yo me ocuparé del resto.

—Está bien, pero tenga cuidado, Gus.

—No se preocupe, María.

—Me sentiría muy afligida si sufriese algún daño por mi culpa.

—Forma parte de mi trabajo —sonrió Sands.

Dormía profundamente a la mañana siguiente, cuando le despertó el teléfono. Agarró el aparato en el acto, temiendo que le hubiera sucedido algo malo a María, pero muy pronto supo que no era la muchacha quien le había despertado a una hora relativamente temprana.

—Soy Foster —dijo la voz—. ¿Aún estabas durmiendo?

Sands miró el reloj.

—Sólo son las seis y media de la mañana —gruñó el joven.

—A mí me han sacado de la cama hace una hora. Tengo una mala noticia para tu compañía.

El joven se sentó en la cama.

—¿Otro asesinato?

—Hugh Enders, una cuchillada en el corazón. Murió alrededor de las diez de la noche.

—¿Se vio al asesino?

—Dos enamorados que paseaban por las inmediaciones de la casa de los Enders le vieron a éste hablar con una rubia platino, vestida estridentemente. El chico dice, aparte de la novia, claro, que le pareció una golfa callejera.

—Otro disfraz, Eben.

—Pero la rubia usó el coche verde del setenta y cinco.

—Entiendo.

—A tu compañía le costará la broma ciento veinte mil dólares. Mi sentido pésame, Gus —se despidió Foster.

Sands colgó el teléfono pensativamente. Estuvo unos momentos sentado en la cama, abrazado a las propias rodillas, y luego, de pronto, saltó fuera y empezó a ponerse las ropas de entrenamiento.

Hasta las nueve no iría Phibbs al despacho. Haría un poco de ejercicio y procuraría reflexionar mientras tanto, se dijo.

Ariadna se reunió con él minutos después de las siete. Durante un rato trotaron en silencio. Luego, la joven se volvió hacia él.

—Gus, te veo muy preocupado —manifestó.

—Tengo motivos para ello —respondió Sands.

—¿Problemas de tu oficio?

—Sí, pero es lo normal. Todas las profesiones tienen sus momentos más o menos críticos. De lo contrario, viviríamos en un paraíso.

—No se puede decir que este mundo lo sea, Gus —observó ella melancólicamente.

—¿Tú también tienes preocupaciones?

—No demasiadas. Vegeto, podría decirse. Tengo la vida asegurada, sin más que estar disponible un día a la semana, para lo que tú sabes. Pero es una existencia que carece de alicientes por completo.

—Eres muy pesimista, Ariadna.

—¿No hay motivos para el pesimismo, Gus?

—Eres joven y muy atractiva. Lo que estás haciendo ahora no te gusta, evidentemente, pero ¿quién sabe?, aunque los días pasan aprisa, tienes todavía una vida por delante. Quizá algún día encuentres a un hombre con el que vivir para siempre.

—Lo dudo mucho, pero quizá ocurra.

—No pierdas nunca la esperanza, Ariadna.

—Tú nunca la pierdes, ¿verdad?

—Jamás. Aun en los momentos más adversos, soy siempre optimista. ¿Conoces la leyenda de Pandora?

—Sí; le dejaron una caja para que la guardase, sin abrirla, pero desobedeció la orden y se escaparon todos los males.

—Y, en el fondo, quedó la esperanza. Abre tu cofre, Ariadna.

Ella se detuvo y le miró, sonriendo dulcemente.

—Me parece que ya se empieza a levantar la tapa de esa caja —contestó. Se puso de puntillas y le besó—. Adiós, Gus.

—Volveremos a vernos —prometió él.

A las nueve de la mañana estaba en la oficina del actuario. Phibbs le preguntó qué sucedía.

—Han asesinado a un cliente. Ciento veinte mil dólares, señor —contestó el joven.

Phibbs hizo algo que estaba muy poco acorde con su comportamiento habitualmente mesurado: lanzó un fuerte silbido.

—¡Vaya noticia! —comentó—. Y precisamente hoy.

—¿Hoy? ¿Por qué? —se extrañó el joven.

—Es la víspera de mis primeros veinticinco años en la compañía —sonrió Phibbs—. Me van a amargar el aniversario, muchacho. ¿Cómo se llamaba la víctima?

—Hugh Enders. ¿Puedo...?

Phibbs hizo un ademán.

—Claro, Gus. «Mis» archivos son «suyos» —contestó de buen humor.

Sands estuvo unos momentos y luego se despidió del actuario. Treinta minutos más tarde, estaba en el despacho de Foster.

—Este asunto nos va a volver locos —se quejó el policía.

—A todos —convino Sands—. ¿Alguna noticia más?

—Una, que puede resultar interesante para ti. ¿Sabes?, todas las víctimas de estos asesinatos tenían problemas sentimentales.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Los supervivientes han sabido disimular perfectamente, pero hemos investigado a fondo. No hay un solo beneficiario que, al menos muy íntimamente, no se haya alegrado de cobrar una buena póliza de seguro.

—Eben, ¿adónde quieres ir a parar? —preguntó Sands.

—Sencillamente, a que se trata de asesinatos por encargo. Magníficamente realizados y con una discreción como jamás he visto en mi vida. Hasta ahora no hemos encontrado la menor prueba que apoye esta tesis, pero mi instinto me dice que es así.

Sands se quedó perplejo.

—Yo no he visto nada, Eben —dijo.

—¿Dónde tenías que verlo? —inquirió el policía.

—En los expedientes de cada póliza. Allí se refleja el menor detalle de cada asegurado. Siempre que se conozca, claro.

—Si eran gente que actuaba con toda discreción, veo difícil que tu compañía poseyera esa información. Pero, por otra parte, el asesino está formidablemente informado. Estoy por asegurar que tiene «chivatos» en las compañías de seguros; así sabe a quién elegir como su próxima víctima.

Sands se quedó muy preocupado por lo que acababa de oír.

—Un informador dentro de la compañía...

—No lo dudes, Gus —insistió el policía.

—Pero los beneficiarios han recibido siempre unos mensajes relativamente inocuos...

—Bueno, ¿y eso qué importa? El asesino les envía el mensaje y luego, por teléfono, cuando tiene la seguridad de que no puede ser escuchado o localizado, habla con el beneficiario y le dice, más o menos: «Sé que usted tenía tal y tal problema con el difunto. Pague o lo sacaremos a relucir, y entonces se verá en un aprieto de los gordos». Y, claro, el viudo o la viuda pagan, disimulan... y salen ganando un montón de dinero.

Sands asintió.

—Es posible que tengas razón, Eben —admitió.

—Modestamente, la tengo, Gus. Son unos cuantos años más de experiencia que tú. Investiga, no te fíes de nada ni de nadie.

—Sin embargo, el caso de María van Kroondt es distinto. Ella no tenía motivos contra el profesor Shanmore...

—¿Cómo sabemos que no los tenía? Es joven, hermosa, apetecible, y el profesor dejó una gran casa y bastante dinero en el Banco, además de los cien mil dólares de la póliza. Shanmore, por otra parte, tenía una salud magnífica y apenas había cumplido los sesenta años. Podía vivir, razonablemente, veinte más. Quizá ella se cansó de esperar, Gus.

Sands se sintió desazonado.

—No acabo de creerlo, Eben —respondió.

—Yo no lo afirmo. He formulado una hipótesis. A ti te corresponde probarla o refutarla.

—¿Y a ti no?

—También. Es mi oficio —sonrió el policía.

—Muy bien —dijo Sands—. Encaminaré mis pesquisas en esa dirección.

Pero no le quiso decir que al día siguiente era muy posible, prácticamente seguro, que podría detener al asesino. Era algo que se reservaba para sí, aunque, desde luego, no actuaría solo.

Ariadna abrió la puerta, envuelta en una bata, despeinada y con los ojos aún cargados de sueño.

—¡Gus! —exclamó, atónita—. ¿Qué vienes a hacer aquí a estas horas? ¿Te das cuenta de que son las seis y media de la mañana?

—Lo sé —respondió el joven sonriendo—. Perdona que te haya despertado tan pronto, pero tengo que hacer algo muy importante. Estoy siguiendo la pista a un chantajista y sé que acudirá a las siete a un lugar que se divisa desde tus ventanas. ¿Te importa que me sienta a vigilar?

—Oh, por Dios, claro que no —accedió ella—. Iré a hacer café...

—Ariadna, por mí no te molestes. Y si quieres salir a practicar *jogging*, hazlo con toda confianza.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Hoy no me encuentro demasiado bien. Tengo algo de dolor de cabeza y... en fin, molestias típicas de mujeres.

—Tómate un par de aspirinas y te pondrás como nueva —aconsejó él.

—Sí, seguro. Acomódate donde quieras. Voy a hacer el café.

Sands cruzó el vestíbulo, fue al dormitorio, agarró una silla y se sentó junto a la ventana. En un rincón de la estancia captó un vivo

destello de algo que le pareció una joya, pero no le concedió mayor importancia.

Había llevado consigo unos prismáticos y enfocó el lugar donde María debía dejar el paquete exigido por el extorsionista. Resultaba curioso: desde aquel elevado punto de observación se veía que los árboles del parque formaban un pequeño círculo sin obstáculos, que permitía ver el cuarto banco con toda claridad. Los demás bancos apenas resultaban visibles, casi completamente ocultos por el follaje. Algunos ni se veían siquiera.

Ariadna trajo una taza de café.

—Ya me he tomado las aspirinas —dijo.

—Pronto estarás bien —aseguró Sands.

Poco antes de las siete, apareció María, con traje de deporte. Llevaba un paquete en la mano, lo dejó en el banco y siguió trotando.

Dieron las siete. Pasaban algunos deportistas, pero ninguno se acercaba al banco. Sands pensó en Heeter y en otro detective de la compañía que estaban al acecho. Atraparían al asesino, se dijo.

Los minutos transcurrieron lentamente. A las siete y media no había ocurrido nada de particular.

De pronto, Sands vio a una pareja de jóvenes que hacían *jogging*. El hombre se detuvo, vio el paquete y se acercó al banco. Ella lo agarró por un brazo y meneó la cabeza.

Los prismáticos acercaban enormemente las imágenes. Sands estaba seguro de que la chica se sentía muy aprensiva. «No lo toques, puede ser una bomba dejada por algún maniático».

El joven asintió y con su compañera salió del parque. Minutos después se oyó el ulular de una sirena.

Dos policías llegaron corriendo y se situaron en las inmediaciones del banco, alejando a todos los que pasaban por allí. Sands comprendió inmediatamente lo que sucedía.

Ahora llamarían a los expertos en bombas. Encontrarían una caja de cigarros, con recortes de periódicos en su interior, y maldecirían al bromista con todos los epítetos habidos y por haber.

Estuvo a punto de avisar a Foster, pero se sintió avergonzado y prefirió callar. Se levantó y guardó los prismáticos en la funda.

—Siento haberte molestado, Ariadna —dijo.

Ella sonrió.

—¿Te ocurre a menudo?

—No, claro. Pero son gajes del oficio. No sirve de nada lamentarse.

Ariadna puso una mano en su brazo.

—Te deseo suerte, Gus.

—Gracias, preciosa. Digo lo mismo y de todo corazón.

Sands abandonó el dormitorio. Vagamente, apreció que ya no estaba el objeto metálico que había visto destellar a su llegada, pero no concedió la menor importancia al hecho.

Salió de la casa y, sin prisas, se encaminó hacia la residencia de María.

CAPÍTULO X

—De modo que el extorsionista no acudió a la cita que él mismo había indicado.

Sands meneó la cabeza.

—En su lugar, acudieron los artificieros de la policía. Una pareja de deportistas vio la caja y la chica pensó que podía tratarse de una bomba. Gracioso, ¿no?

—¿Lo cree así, Gus? —preguntó María, a la vez que le entregaba una taza de café.

—No, claro que no. Para mí, el asesino se olió la trampa y no mordió el cebo.

—Eso significaría que está informado de sus actividades.

—Posiblemente. No me extrañaría nada, María.

—¿Cree que le sigue?

—Por lo menos, me vigila, aunque no de un modo constante. Sin embargo, está enterado de que vengo a su casa con frecuencia. Eso le habrá hecho recelar y, en consecuencia, no ha acudido a recoger la caja.

—Gus, ¿qué pasará ahora?

—Llamaré al teniente Foster. Quiero que la ponga bajo protección policial. El asesino podría tomar represalias.

—No saldré de casa —aseguró ella.

—Ni acuda tampoco a la puerta. El criminal, aunque no en todas las ocasiones, suele llamar a la puerta y así atrae a la víctima. Es lo que sucedió anteanoche.

—Otro asesinato —se estremeció María.

—Por ciento veinte mil dólares. Si las sospechas de la policía son ciertas, la viuda de Enders tendrá que pagar treinta mil al asesino, pero aún le quedará la bonita suma de noventa mil dólares.

—¿Cree que contrató al asesino?

—Se sospecha de todos los involucrados en este caso y, siento

decírselo, también de usted.

La joven se sobresaltó.

—¿Sospechan de mí? ¡Oh, Dios mío! Pero eso es absurdo...

—A los ojos de la policía, no. El profesor Shanmore estaba en buena posición económica y dejó una casa de gran valor, aparte de cien mil dólares del seguro. Estaba fuerte, sano como un roble y podía vivir aún muchos años.

—Y piensan que yo me sentía impaciente.

—Exacto.

—¿Usted también sospecha de mí, Gus?

—¿Le molestaría si soy sincero?

—Me enfadaría si no lo fuese —respondió ella tensamente.

—Bien. Como hombre, no siento hacia usted la menor desconfianza. Pero por razón de mi profesión, debo admitir que la actitud del teniente Foster es perfectamente razonable.

—Gus, y si fuese cierto, ¿cómo me habría puesto yo en contacto con el asesino?

—Quizá éste no dice nada a los beneficiarios del seguro hasta que ha cometido el crimen. Entonces les envía una carta como la que usted recibió. Y luego, privadamente, por teléfono, les aconseja que paguen, puesto que tienen problemas que ocultar. Todos los beneficiarios de las víctimas tenían conflictos y nadie lo sabía, hasta que la policía ha investigado a fondo. Quizá esos problemas no eran suficientes para contratar a un asesino, pero es muy probable que esas personas no sientan demasiado la muerte del que les deja un puñado de dinero.

—Comprendo. Pero yo no tenía conflictos con mi tutor...

—Su caso, tal vez, sea un poco distinto. Pero todos los demás, pagaron, por miedo a que el asesino revelase algunos detalles indiscretos que podían comprometerle gravemente.

—Bien, de todas formas, en lo que a mí particularmente se refiere, no vaya a creer que me interesaba la muerte de mi tutor —dijo María—. Aparte de que lo quería como a un padre, debe saber que el profesor gastaba más de lo que ganaba. Hablando claro, esta casa está hipotecada hasta la última teja.

—¿Habla en serio, María?

—Tan en serio, que voy a tener que gastar casi íntegramente los cien mil dólares en rescatar la hipoteca. Y luego, no sé qué haré,

porque esta casa supone un gasto tremendo y yo no puedo...

Algo interrumpió a la joven en aquel instante. Fuera sonaba la bocina de un automóvil.

Sands se acercó a la ventana. Al otro lado del jardín vio un coche oscuro. Un rostro conocido asomó por la ventanilla del conductor. Se movió una mano, haciéndole señas de que acudiese. Sands echó a correr inmediatamente.

—¡Es el teniente Foster, María! —exclamó—. No sé qué quiere, pero debe ser algo interesante.

En la puerta se volvió y la apuntó con el índice.

—Ciérrese bien y procure que la señora Kirhall no abra a nadie que no sea perfectamente conocido —aconsejó enérgicamente.

Sands se zambulló en el interior del coche, que arrancó inmediatamente.

—¿Qué pasa, Eben?

—Hemos localizado el coche verde del asesino —respondió Foster.

—¡Magnífico!

Sands vio sobre la repisa el farol rojo y se dispuso a colocarlo en el techo del vehículo.

—¡No lo hagas! —Prohibió Foster—. El coche ha sido encontrado por una patrulla que hacía una investigación de rutina. Cuando lo informaron, les ordené que se alejasen, simulando que se marchaban, pero quedándose en las inmediaciones, donde no pudieran ser vistos.

—Y así vigilan...

—Sí, es un almacén abandonado de la calle Whitepeak. El coche estaba dentro de un gran cajón de embalaje y por eso no resultaba visible.

—Estupendo. Entonces, el criminal debe vivir cerca de ese almacén.

—Es posible. Ahora lo sabremos. Los expertos en huellas van para allí también.

—El criminal ha usado siempre guantes —objetó Sands.

—Gus, la experiencia me ha enseñado que, por mucho que se esfuerce el criminal, tarde o temprano toca el coche con las manos desnudas.

—Sí, tienes razón. Gracias por haberme llamado.

—Pensé que te interesaría —sonrió Foster.

—Claro que me interesa. Y, a propósito, ¿qué ha dicho la señora Enders?

El policía hizo una mueca.

—Menuda pájara —contestó.

—¿De cuenta?

—Tenía un amante y, parece, aunque no lo admitan, que ya empezaban a pensar en eliminar un estorbo, que era el marido. Ella tiene unos cuarenta años, pero aún está de buen ver. Adivina la edad del fulano tercero en discordia.

—¿Treinta?

—¡Diecinueve! —se indignó Foster—. Pero ¿en qué mundo vivimos?

—Si lo califico adecuadamente, lo haré con una palabra que huele mal —rió Sands.

—Apesta, en efecto —convino el policía—. Bien, creo que ya estamos llegando...

Había un coche parado en las proximidades y un hombre se destacó y les hizo señales de que se detuviesen. Foster frenó y saltó al suelo.

—¿Alguna novedad, sargento?

—Hasta ahora no, nada, señor...

Súbitamente se oyeron unos gritos.

Sands volvió los ojos hacia el lugar donde sonaban las voces. Había un edificio viejo, con todas las trazas de estar abandonado, y los policías que se hallaban en las inmediaciones, corrían a refugiarse detrás de sus coches.

—¡El asesino trata de escapar! —gritó Foster.

Sands no iba armado y juzgó prudente buscar un buen parapeto. En el mismo instante, se oyó el rugido de un motor.

El coche verde apareció en la puerta del almacén. Alguien dio el alto a su conductor, pero éste respondió con un disparo de pistola.

Había otro sujeto al lado y también estaba armado. El coche verde aceleró brutalmente, mientras se oían detonaciones por todas partes.

Foster saltó a un lado y apuntó con el revólver hacia el automóvil que corría a toda velocidad en aquella dirección. El revólver escupió varios fogonazos.

Sands vio los agujeros en el parabrisas, en el lado del conductor. Por un momento, creyó que Foster había errado sus proyectiles.

Súbitamente, el coche verde se desvió con violencia y chocó de lado contra una casa. Rebotó, cruzó la calle, con horrible chirrido de ruedas, dio a una camioneta, volvió a desviarse y acabó estrellándose contra un muro.

Los policías corrieron hacia el vehículo. Un hombre salió tambaleándose, con la cara ensangrentada, y levantó las manos.

Foster corrió hacia el coche verde, seguido por el joven. Doblado sobre el volante, se veía a un individuo, completamente inmóvil.

El policía levantó la cabeza del sujeto.

—Muerto —dijo—. Bien, por lo menos, este maldito...

De repente, se interrumpió y lanzó una exclamación de ira.

—¡Es Vic Parney!

—¿Lo conoces, Eben? —preguntó Sands, asombrado.

—Sí, maldita sea... Es un atracador de bancos, reclamado un montón de veces por otras tantas fechorías. Tiene también un par de asesinatos sobre su conciencia... Pero ¿cómo demonios se le ocurrió venir a buscar este coche?

Sands señaló hacia el otro individuo, que, a pesar de hallarse herido, podía mantenerse en pie y ya tenía las manos sujetas a la espalda.

—Pregúntale a ése —recomendó.

Foster se acercó al prisionero.

—Bien, muchacho —dijo—. Parece que tu compinche está conversando ahora con Satanás. Dime, ¿por qué usabais ese coche?

El forajido se volvió de mala gana.

—Vic no se atrevía a usar el suyo. Estaba demasiado visto —contestó.

—Podía haber alquilado o comprado otro...

—La gente es muy recelosa. No quería correr riesgos. Alguien le informó de que aquí había un coche escondido y vinimos a buscarlo.

Un policía llegó con un maletín en la mano.

—Está lleno de billetes, teniente —informó.

—Llévelos a la Jefatura —ordenó Foster—. Jim Clanton, ¿pensabais levantar el vuelo?

El prisionero asintió.

—Esta ciudad quemaba —contestó.

Sands hizo un ademán.

—Eben, pregúntale quién les indicó que aquí podían encontrar un coche. ¡Diablos!, estaba dentro de un *container* y no podía verlo cualquiera.

—¿Has oído, Clanton? —dijo Foster.

—No lo sé, Parney no me lo dijo —respondió el aludido desabridamente.

—Jim, no me hanches las narices. Tú y Parney erais carne y uña y no había secretos entre los dos. Quiero saber el nombre del «soplón» y lo conseguiré aunque tenga que retorcerte... ¿Te lo imaginas?

Clanton se lamió los labios.

—Es Googy *el Pirata* —contestó.

Sands levantó las cejas.

—¿Pirata? —repitió.

—Tiene una pata de palo —explicó Foster—. Bien, llévense al prisionero; luego lo interrogaré a fondo. Sargento, ocúpese de buscar a Googy y tráigamelo, aunque sea arrastrándolo por los pelos.

—Es calvo, señor —contestó el sargento.

Sands ocultó una sonrisa.

—Entonces, tráigalo agarrado por los... —barbotó Foster—. Gus, ¿vienes con nosotros?

El joven asintió. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Santo Cielo! Casi lo había olvidado... Eben, ¿puedes decir a uno de tus hombres que me lleve rápidamente a las oficinas de mi compañía?

—¿Ocurre algo?

—Hay una pequeña fiesta de aniversario y no querría perdérmela por nada del mundo —contestó el joven.

CAPÍTULO X

Cuando el presidente de la compañía terminó de hablar, sonaron unos aplausos. Luego, el presidente tomó una caja que le ofrecía uno de sus subordinadas y la puso en manos de Phibbs.

—Acepte este modesto recuerdo de una empresa que le tiene en gran estima y como ínfimo premio por veinticinco años de servicios eficientes y leales, señor Phibbs.

El actuario se ajustó la chaqueta con las manos, y luego tomó la caja. Al abrirla, se vio que había un valioso reloj de pulsera de oro, pulsera incluida.

Phibbs parecía muy emocionado y tuvo que sacar un pañuelo para sonarse. Luego contestó con unas breves frases de gratitud.

Al terminar la ceremonia, hubo un relajamiento del ambiente. El presidente bromeó con Phibbs.

—Se lo hemos regalado de pulsera, para que se modernice un poco —manifestó.

—Lo usaré siempre —contestó Phibbs—. Pero no me merecía tanto...

—¡Tonterías! Usted se merece eso y mucho más... —El presidente bajó la voz, pero no tanto que Sands no oyera el resto de la frase—. Estoy en condiciones de asegurarle que pronto será miembro del consejo de Administración.

Phibbs sonrió tímidamente. Luego, la reunión empezó a disolverse.

Sands se quedó y miró al actuario. Phibbs le correspondió con una sonrisa.

El joven avanzó un paso y lo abrazó.

—Si hay alguien que se merezca un homenaje semejante, es usted —dijo.

—Gracias, Gus, pero me parece que todo esto es exagerado... A fin de cuentas, no he hecho más que cumplir con mi deber.

—Pocos han trabajado por la compañía tanto como usted. En fin, lo único que deseo es verle llegar un día a presidente. Ojalá sea pronto.

—Como profeta, no se ganaría usted la vida —rió Phibbs—. Bien, ¿cómo marchan las cosas?

Sands torció el gesto.

—Los progresos son tan lentos, que a veces pienso que retrocedemos —contestó—. Tendí un lazo al asesino, pero no picó. Sin embargo, hemos encontrado una buena pista y quizá hoy tenga mejores noticias para usted.

—Llámemme en cuanto sepa algo, Gus.

—Descuide.

Phibbs señaló la puerta.

—La fiesta ha terminado —exclamó con fingida esperanza—. A trabajar; tiene que ganarse el sueldo que le pagan.

Sands remedó un rígido saludo militar.

—¡A la orden, señor!

—Esta vez aceptaré algo estimulante —pidió Sands.

—Claro, Gus —accedió María.

Guardaron silencio, hasta que ella hubo preparado la bebida. Sands tomó un trago y chasqueó la lengua.

—Excelente —aprobó—. Me mira fijamente, María. Está aguardando que le cuente lo que ha pasado.

—Sí, es cierto.

—Hemos fracasado, hasta cierto punto. Pensamos que íbamos a atrapar al asesino, pero resultó que eran dos atracadores fugitivos.

Explicó lo ocurrido y meneó la cabeza.

—Ahora bien —continuó—, parece seguro que el asesino, después de utilizar su coche, iba a esconderlo en aquel almacén abandonado. Había un *container* viejo y lo metía en su interior. Luego regresaba con toda naturalidad a... a dónde vivía.

—¿Y no le veía nadie?

—Estamos tras la pista de alguien que pudo verle —respondió Sands—. Pero no sé cuándo sabremos más detalles...

El reloj de carrilón dio las campanadas de las tres de la tarde.

Sands fijó la vista en el reloj. Algo chispeó en su mente una centésima de segundo. Había visto algo muy importante en alguna

parte, pero no podía recordar dónde ni qué era.

El musical sonido de las campanadas se desvaneció lentamente. María se extrañó del silencio del joven.

—¿Le sucede algo, Gus?

Sands agitó la cabeza.

—No, nada —respondió—. Estábamos hablando del coche del asesino, creo.

—Sí, y dijo que estaban detrás de la pista de alguien que pudo ver a ese asesino.

—En efecto. Se trata de un sujeto que se dedica a vender información a delincuentes, un tal Googy *el Pirata*. Le llaman así porque tiene una pata de palo.

—¿En estos tiempos? —se asombró María.

—Bueno, una pierna artificial, con pie incluido. Lo de pata de palo es una metáfora.

—¿Cuándo sabrán algo?

Sands hizo un ademán con las dos manos.

—No puedo contestarle, María —dijo—. Pero, si no le importa, esperaré aquí. Dije que me llamasen si averiguaban algo... ¿Le importa?

Ella sonrió hechiceramente.

—Está usted en su casa... en la casa de una sospechosa.

—Para mí no lo es —declaró él rotundamente.

—Gracias. Gus, tendrá que dispensarme, pero tengo algo de trabajo atrasado.

—Claro, mujer.

Sands se acomodó en un enorme sillón de orejas y terminó la bebida pausadamente. Luego empezó a notar cierta fatiga, una especie de relajamiento, que le hacía sentirse como si flotase en una nube.

«Quizá el *whisky*...», pensó.

Cerró los ojos y, sin darse cuenta, se quedó dormido. De pronto, notó que le zarandeaban.

—Gus, despierte, despierte... Le llama el teniente Foster...

Sands abrió los ojos, todavía sumido en las tinieblas del sueño. Oyó una vez más las campanadas del carillón y de nuevo percibió aquella fugaz visión de algo que no podía identificar, a pesar de los esfuerzos que hacía por conseguirlo.

María le tendió el teléfono.

—No le haga esperar más —sonrió.

—Eben, soy Gus —dijo el joven.

—Hemos encontrado a Googy. Dice que vio salir del almacén, un par de veces, a un hombre joven, cuya descripción corresponde a la que tenemos del asesino. Le extrañó su actitud y se metió en el almacén. Entonces fue cuando descubrió el coche verde...

—Pero no lo siguió, para ver adónde iba.

—No —suspiró Foster—. Pensaba hacerlo, pero, mientras tanto, aparecieron Parney y Clanton, le dieron mil pavos por una información sobre un buen coche y ahí terminó la cosa. Ahora tenemos a Googy repasando fotografías. Si encuentra algo, volveré a llamarte.

—De acuerdo. Ah, una cosa. Procura averiguar a quién pertenece el almacén. Puede resultar un dato interesante.

—Descuida, Gus.

Sands dejó el teléfono en la horquilla.

—Voy a Jefatura —anunció—. Quiero hablar personalmente con el Pirata.

—¿No prefiere aguardar aquí, Gus? —sugirió María.

—Los nervios —sonrió él.

—Comprendo. Vuelva pronto.

—Lo intentaré.

Estaba en la cama, pero despierta y con un libro en las manos, cuando de pronto creyó oír un ruido en la planta baja.

Por un momento creyó que se le paraba el corazón. Luego, rehaciéndose, trató de recobrar la serenidad.

¿Había entrado el criminal en la casa?

Tras unos segundos de indecisión, se quitó los lentes que usaba para la lectura, los dejó a un lado, apartó las sábanas y metió los pies en unas zapatillas. Pero eran de medio tacón y harían ruido, por lo que decidió moverse con los pies descalzos.

Agarró la bata, se la puso y anudó el cinturón. Pensó en un arma para defenderse. Entonces recordó el bastón de su tutor.

Había varios en la casa. Al profesor Shanmore le gustaba usar bastón cuando paseaba. Meses antes, ella había sufrido una torcedura de tobillo y se había visto obligada a usar el bastón durante unos cuantos días. Aún estaba allí, en un rincón.

Agarró el bastón resueltamente y corrió hacia la puerta del dormitorio. Escuchó con atención después de haber abierto. El silencio era absoluto.

En el vestíbulo sonaron las campanadas del carillón. Eran las diez de la noche. La señora Kirhall y la sirvienta que la ayudaba se retiraban muy temprano. Incluso ella misma podría haber estado durmiendo, de no haber sido porque se sentía un poco nerviosa y quería calmarse con la ayuda de un libro.

De pronto oyó un ligero golpe, seguido de un gruñido. El intruso había chocado con algo y no había podido contener una exclamación de dolor. María apretó los labios, empuñó decididamente el bastón y emprendió el descenso.

La casa estaba casi completamente a oscuras, salvo por un par de lámparas en el vestíbulo. De repente, María oyó al intruso que se disponía a salir del gabinete de trabajo.

Rápidamente, se situó junto a la puerta y enarboló el bastón. Cuando vio asomar una cabeza, asestó el primer golpe.

El intruso chilló y levantó la mano izquierda para protegerse. María golpeó de nuevo.

Entonces oyó algo que la dejó pasmada:

—¡María, por Dios, soy yo!

La joven se quedó con la boca abierta. Sands sacó un pañuelo y lo puso sobre la cabeza.

—Menos mal que no me acertó de lleno —dijo.

—Pero ¿qué haces aquí? —exclamó ella, tuteándole sin darse cuenta—. ¿No sabes el riesgo que corrías? ¿Qué habría pasado si yo hubiese tenido un revólver en la mano?

—Lo siento —se disculpó él—. Entré sin avisar, es cierto, pero no quería hacerte saber mi presencia aquí, para no alarmarte. He venido a pasar la noche, para evitarte un disgusto.

—Pues me lo has dado y de los gordos —se quejó ella. Bruscamente se echó a reír—. Pobrecito, tú querías protegerme y yo te he recibido como una esposa gruñona cuando el marido vuelve a deshora... Anda, vamos al despacho. Voy a ver si reparo los desperfectos de tu cráneo.

—Los desperfectos están en mi reloj —contestó él, a la vez que se soltaba la pulsera—. Lo has hecho polvo —añadió, manteniendo el reloj en alto.

—No sabes cuánto lo siento... Vamos, entra y te prepararé algo de beber. ¿Tienes un pañuelo a mano?

—Sí, claro.

—Dámelo, le pondré un poco de colonia, para que te lo apliques en la cabeza. Anda, siéntate y procura reponerte.

Sands hizo una mueca. María se marchó y vino al poco con el pañuelo empapado en agua de colonia. El joven notó inmediatamente alivio en la región afectada por el bastonazo.

María estaba buscando algo en uno de los cajones de su mesa de despacho. Al cabo de unos instantes se levantó y regresó junto al joven.

—Bien, si te he roto un reloj, al menos acéptame éste como compensación. Es antiguo, pero muy bonito y, además, de oro. Pertenece a mi tutor y estoy segura de que no le disgustaría que te lo ofreciese.

Sands no contestó. Tenía la boca abierta y los ojos fijos en el reloj de bolsillo, que colgaba de una cadena también de oro. El reloj se movía ligeramente, como un péndulo, y devolvía con áureos chispazos la luz que recibía de las lámparas del despacho.

María se alarmó.

—¡Gus! ¿Qué te pasa? No te habré hipnotizado, ¿verdad? ¡Contéstame, hombre, no te quedes callado...!

Súbitamente, Sands lanzó un grito, a la vez que se ponía en pie de un salto.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya he encontrado la solución! Ahora sé qué es lo que veía fugazmente, como relámpagos muy breves... ¡oh, Dios! ¿Cómo no habré sabido adivinarlo antes?

—Gus, ¿qué pasa? ¿Has recordado algo importante?

—¿Importante? —repitió él—. Claro que es importante. Ahora ya sé quién es el criminal que tiene la funesta costumbre de llamar a la puerta de las casas de sus víctimas. Y también sé quién es su cómplice...

El teléfono sonó estridentemente en aquel momento. Sands lo levantó con rapidez.

—¿Sí?

—Gus, soy Foster. Ya sabemos a quién pertenece el almacén abandonado. Es de un tipo que tiene un pleito con tu compañía, por una póliza no pagada, debido a ciertas irregularidades en la

declaración de un robo que se cometió allí hace unos meses. El dueño está en la ruina o poco menos y ya no se cuida de la propiedad en absoluto. Si te interesa el nombre...

—Sí, gracias, Eben, Y te diré una cosa: no me extraña en absoluto nada de lo que acabas de decirme.

—¿Por qué, Gus?

Pero el joven había colgado ya el teléfono. Luego miró a María con ojos muy brillantes.

—Voy a ver si pongo la mano encima del asesino —manifestó.

Ella se asustó muchísimo.

—Gus, por favor, ten mucho cuidado...

—No te preocupes. Todo saldrá bien, ya lo verás.

CAPÍTULO XI

Llegó a la puerta y tanteó el pomo. No estaba cerrada con llave y lo hizo girar muy lentamente, para, a continuación, abrir una delgadísima rendija. Entonces oyó una voz suplicante:

—Por favor, no me abandones... Si te marchas, déjame ir contigo... Adonde sea, no me importa; tengo algún dinero ahorrado...

—Harry, ¿pero de veras has creído que sería capaz de marcharme contigo? —contestó la mujer.

—He hecho todo lo que me pedías, nunca te defraudé... Gracias a mi conseguías hacer... lo que ya sabes...

—Te necesitaba, pero eso ya acabó. Las cosas se están poniendo muy calientes en la ciudad. Debo marcharme durante una temporada. Quizá vuelva más adelante, cuando todo esté más calmado. No lo sé, no puedo asegurarte nada todavía.

—Pero yo quiero irme contigo...

—¡Harry, no seas estúpido! A mí no me echará nadie de menos. En cambio, ¿qué pasaría si tú desaparecieras de la noche a la mañana? Hoy mismo te han hecho un homenaje. Eres un hombre importante en la compañía. ¿Crees que iban a estarse quietos, si te esfumases?

—Tardarían cierto tiempo... Yo no manejo dinero...

—Vamos, hombre, por favor. Razona un poco, Harry. Eres hombre inteligente. No puedes portarte como un chiquillo. Además, si nos vieses juntos, enseguida sospecharían...

—Oh, no. Lo más que podrían pensar es que yo había tenido una aventurilla. A nadie le extrañaría; hoy día eso es muy corriente.

Sonó un fuerte golpe. Sands supo que la mujer había pegado un taconazo en el suelo.

—¡Está bien, Harry! —exclamó ella—. Te lo diré de una vez. No me interesas en absoluto. No te quiero y si te lo dije alguna vez fue

porque me convenía así, ¿lo entiendes ahora? Maldita sea, ¿cuándo demonios vas a darte cuenta de que eres un viejo? Yo tengo veintisiete años y toda una vida por delante. ¿Cómo puedes imaginar siquiera que iba a encadenarme a un tipo como tú?

—No, no... —balbució el hombre—. Tú no eres sincera, no me dices la verdad... Tratas de engañarme para que me consuele, pero me quieres...

—¡No! —gritó la mujer descompuestamente—. ¡No te quiero! Nunca te he amado, Harry. Te he soportado, simplemente. ¿Es que no eres capaz de entender las cosas?

Sands terminó de empujar la puerta y, después de cruzar el umbral, cerró suavemente y apoyó en ella la espalda. Al mismo tiempo, se oyó un vivo taconeo, pero casi en el acto sonó una exclamación de rabia:

—¡No seas estúpido! Te digo que no... Maldita sea, me vas a obligar a...

Sands oyó un ligero chasquido, seguido de un grito de dolor y del ruido de un cuerpo que caía al suelo. Segundos después, la vio aparecer, con un maletín en la mano izquierda y un bolso pendiente del hombro izquierdo.

Ella le vio y se paró en el acto, mirándole fijamente.

—¿A qué has venido, Gus? —preguntó.

—¿No te lo imaginas, Ariadna? —dijo el joven.

Durante unos segundos se contemplaron recíprocamente, en un profundo silencio. Sands pudo apreciar el movimiento de los senos de Ariadna, que subían y bajaban rápidamente. Estaba muy alterada, pero más físicamente que en el aspecto mental.

—Al fin lo has sabido —dijo Ariadna, después de la pausa.

—Demasiado tarde. Quizá de otro modo habría podido evitar algunos asesinatos.

—No iba a decírtelo el primer día, naturalmente.

—Es lógico. Pero al fin he descubierto la verdad.

—Gus, ¿qué error he cometido?

—Él se dejó su reloj de bolsillo. Lo vi cuando estuve por la mañana, para espiar al extorsionista desde la ventana de tu dormitorio. Fue una visión fugaz y no reparé en el detalle, pero se grabó en mi subconsciente. De cuando en cuando volvía a ver el reloj, pero sólo una fracción de segundo con enorme rapidez, sin

que pudiera identificar que era aquella cosa que había visto brillar sobre la mesilla de noche.

—Y luego supiste que era su reloj de bolsillo.

—Sí. Escuché las campanadas de un gran carrillón, alguien me dio otro reloj parecido y vino a mí como un fogonazo. Además, recordé el homenaje que le habían dedicado, regalándole un reloj de pulsera. Ordinariamente, llevaba la chaqueta desabrochada, lo que permitía verle el chaleco cruzado por la cadena del reloj. Ese día la llevaba cerrada y así nadie se dio cuenta de que no lo llevaba. Estaba aquí, claro.

—Ha sido una lástima —suspiró ella—. Gus, había llegado a estimarte muchísimo.

—Me estimabas tanto, que pusiste una trampa en mi casa. Si no llega a ser por el perro de la vecina, me dejás sin cabeza.

—Empezabas a ponerme nerviosa.

—Y, sin embargo, después estuve aquí, en tu casa, y pudiste haberme matado. Me tenías a tu disposición; incluso vuelto de espaldas, como sucedía casi siempre con tus víctimas. ¿Por qué no lo hiciste?

—Verás... Era muy distinto saber que habías muerto en tu casa. Aquí, si te he de ser sincera, no tuve fuerzas para apretar el gatillo. Si la trampa hubiese funcionado, yo me habría enterado al día siguiente y mí... pena habría sido mucho menor.

—Sí, claro, «ojos que no ven...» —dijo él sarcásticamente—. Ariadna, ¿por qué te dedicaste a matar gente?

En los ojos de la joven hubo de pronto un destello de odio.

—Estuve casada y mi marido murió atropellado por un automóvil. Había contratado un seguro de vida, pero no lo pagaron, alegando que ya había caducado el plazo de la póliza... ¡Iba a pagarlo precisamente cuando murió! Sólo se había retrasado una hora... ¡Una hora, Gus! Por sesenta miserables minutos, me negaron cincuenta mil dólares...

—Sí, pero tus víctimas no tenían nada que ver con una decisión de la compañía de seguros.

—¿Cómo que no? —rió ella—. Las compañías de seguros pagaban unas primas muy elevadas, mucho antes de lo calculado. Naturalmente, no obtenía yo todo el beneficio, pero sí sacaba una buena tajada. Además, si estás enterado del asunto, sabrás que los

mueritos no eran lo que se dice personas recomendables.

Sands meneó la cabeza.

—Lo dices para justificar unos crímenes que no tienen justificación posible. La vida humana es algo sagrado, Ariadna; nadie tiene el derecho de disponer de la existencia de los demás.

—Ya está hecho, Gus.

—Sí, y con un buen beneficio para ti. Pero ¿cómo conseguiste que él te proporcionase informes? Porque sin una buena información sobre las víctimas, no habrías podido hacer nada.

—Lo conocí hace tiempo, y fue precisamente el que me informó negativamente para el pago de la póliza suscrita por mi esposo. Pero llegué a convencerle de que no le guardaba rencor. Luego conseguí hacerme indispensable en su vida, de tal modo que, cuando un día iba a romper con él, me di cuenta de que lo tenía por completo en mi poder.

—Tienes atractivos necesarios para enloquecer a un hombre —admitió Sands—. El, maduro, solitario, necesitado de afecto, te consideró como la fuente que busca el sediento, ¿no es así?

Ariadna hizo un gesto de aquiescencia.

—Era ya un monigote en mis manos. No quería seguir adelante, pero cuando yo le amenazaba con romper, volvía a mí como un cordero...

—Sin embargo, algunas de las víctimas no estaban aseguradas en nuestra compañía.

—Oh, tú sabes que las compañías de seguros intercambian informes. Él era muy considerado en el gremio y conseguía todo lo que yo le pedía. Incluso informes muy secretos, que no figuraban en los archivos ordinarios.

Sands comprendió en aquel momento por qué le habían dejado hurgar en los archivos sin la menor objeción. Había otros, en alguna parte, con informes ultraconfidenciales, que sólo algunas personas de elevado rango en la compañía podían leer. Se quejaría a la primera ocasión que se le presentase, pensó.

—Y gracias a él, tenías el escondite para tu coche en la calle Whitepeak —dijo tras un leve intervalo.

—Era un buen lugar para guardar el coche verde. Si no hubiera sido por esos estúpidos atracadores...

—Han encontrado en el maletero del coche tus disfraces y las

cajas de herramientas que usabas, cuando te presentabas a reparar alguna inexistente avería. También hay un par de zapatillas de deporte, una de las cuales coincide exactamente con la huella que dejaste en casa de Susan Brade.

—Nunca se es perfecto —sonrió ella—. ¿Me guardas rencor, Gus?

—No, te tengo lástima —contestó Sands.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Luego, él preguntó:

—Ariadna, ¿cómo te deshiciste de Millard? Con los otros usabas la pistola o la aguja de sombrero, aunque a Enders lo mataste de una puñalada. Pero, si mal no recuerdo, Millard murió envenenado.

Ariadna rió desdeñosamente.

—Millard llegó a creer que era yo un hombre, un adolescente. Trabamos relación, aunque sin pasar de algunas conversaciones. El esperaba conseguir algo más adelante y lo que consiguió fue una dosis de cianuro.

—Eso se nota en la bebida, Ariadna.

—Cuando la dosis es muy elevada, sí. No le puse demasiado y el *whisky* ocultó el olor. Además, ya se había tomado un par de tragos. Ni lo notó siquiera. Era muy poca cantidad, repito; por eso pudo llegar a su casa. Pero murió apenas hubo traspasado el umbral.

—Te documentaste bien sobre los efectos del cianuro, ¿verdad?

—No quería fallar en ningún momento, Gus.

¿Cómo se le ocurrió matar al profesor Shanmore?

—Él me dijo que tenía una póliza de cien mil dólares. Pero no sabía que la beneficiaria estaba en Europa. De lo contrario, yo hubiera pospuesto el caso para un momento más conveniente.

—Y pensar que yo vine aquí, a espiar al asesino, creyendo que acudiría al banco del parque a recoger el dinero... —dijo Sands amargamente—. Estoy seguro de que, si yo no hubiese venido, tú habrías ido a recoger la caja con el dinero.

—Ya, no. Sabía que investigabas el asunto y no quería correr ese riesgo. Sólo se lo indiqué a María, para ver cómo reaccionabas. De otro modo, le habría ordenado que me dejase el dinero en un sitio distinto.

Bruscamente, Ariadna metió la mano en el bolso que colgaba de su hombro y sacó una pistola con silenciador.

—Gus, te aprecio muchísimo, pero quiero salir —dijo.

Sands se despegó de la puerta.

—No te lo impediré, aunque te garantizo que no irás muy lejos —contestó.

—Deja eso de mi cuenta. ¡Apártate!

Sands la miró un instante y luego se echó a un lado. De súbito, vio algo que le hizo sobresaltarse.

Phibbs salió de la otra estancia arrastrándose penosamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas y había sangre en su pecho. Pero en su mano derecha se veía el brillo de una pequeña pistola.

—¡Ariadna, cuidado! —gritó él instintivamente.

Era ya tarde. El tiro salió y la bala alcanzó a la joven en el centro de la espalda.

Ariadna se curvó hacia atrás violentamente y empezó a perder el equilibrio. Sands saltó hacia ella y la recogió en brazos antes de que cayera al suelo.

Phibbs tenía la cara apoyada en el pavimento. Sands se dio cuenta de que había consumido sus últimas fuerzas en el disparo que, seguramente, era el primer disparo de su vida.

Ariadna tenía los ojos cerrados y respiraba dificultosamente. Sands la tendió en el suelo y se levantó para buscar un teléfono.

—No... —dijo ella de pronto—. No te molestes... Ese miserable me ha acertado de lleno...

Bruscamente, sufrió una terrible convulsión y luego empezó a relajarse, mientras su cabeza se doblaba a un lado. Sands la miró con infinita compasión.

La puerta se abrió de pronto violentamente y el teniente Foster entró, seguido de unos cuantos hombres de uniforme. Al ver los dos cuerpos caídos en el suelo, lanzó un bufido de cólera.

—¿Por qué no me avisaste, Gus?

Sands se encogió de hombros.

—Eben, ¿no crees que ha sido mejor que todo haya terminado así?

Ariadna parecía dormir. Sands la contempló un instante y luego, inclinándose sobre ella, le cruzó las manos sobre el pecho.

—Luego iré a la Jefatura, Eben —se despidió.

Trotaba rítmicamente, con «King» a su lado, cuando, de pronto, notó que tenía compañía.

—¿Te has decidido a engrasar las bisagras, María? —sonrió.

—Empezaba a apoltronarme —contestó la muchacha—. Y eso se nota sobre todo en la región de las caderas.

Sands se detuvo un instante, miró aquella región y luego continuó el ejercicio.

—Yo no noto nada —dijo.

—Ya lo sé. Pero pudiera ocurrir... y, como dijo alguien, «más vale prevenir...».

—En eso sí que tienes razón. María, ¿cómo van tus asuntos?

—Bien, no puedo quejarme. Ya no tendré que vender la casa.

—Lo celebro. Es una mansión que parece construida para una película de «suspense», pero tiene cosas que valen muchísimo. Y, en medio de todo, no deja de poseer cierto encanto de cosa antigua, que la hace sumamente atractiva.

—Y tú, ¿qué tal te desenvuelves?

—No puedo quejarme. En primer lugar, me han subido el sueldo, aparte de una recompensa en metálico que me concedieron por haber resuelto el caso. Una compañía de seguros de Nueva York me propuso un contrato como jefe de investigadores.

—¿Has aceptado?

—No. Tendría que marcharme de aquí y prefiero ganar un poco menos y seguir viviendo en esta ciudad.

—Haces bien, Gus. El dinero no lo es todo en este mundo.

Callaron unos momentos. María fue la primera en romper el silencio.

—Me gustaría hacerte una pregunta, Gus.

—Claro, lo que quieras.

—¿Te acuerdas... la recuerdas...?

Sands meditó unos instantes.

—Realmente, no hubo gran cosa entre nosotros. Fue... un poco de pasión, simpatía recíproca, pero no llegué a concebir sentimientos más profundos. Aunque ella no hubiera hecho nada, yo seguiría ahora pensando de la misma manera.

—Pero te duele —dijo María.

—Algo, sí, no tengo por qué negarlo. Era una chica joven, hermosa. Podía haber conquistado al mundo de oír forma muy distinta. Pero supongo que, en el fondo, tenía cierta debilidad mental y la muerte de su esposo y el asunto de la póliza no pagada,

contribuyeron a fomentar en ella un estado de ánimo que desembocó finalmente en la tragedia.

—Tú tienes que pensar en el futuro, Gus —le animó ella.

—Oh, sí, desde luego. Ya he empezado a pensar hace algunos días.

—¿Sí? ¿Qué planes tienes?

Sands consultó la hora, sacando el reloj que había sido del profesor del bolsillo de los pantalones de gimnasia.

—Tengo que volver a casa para ducharme, desayunar y empezar mi trabajo. Pero aún queda tiempo para que charlemos los dos un rato.

—Encantada, Gus. Me gustaría hacerte otra pregunta.

—¿Por qué no?

—La casa donde vives, ¿es tuya?

—No. La tengo alquilada...

—Convendría que redujésemos gastos —propuso ella.

—¿Cómo?

—Ven a vivir a mi casa, Gus.

—¡María! —Respingó él.

La joven se echó a reír.

—Gus, sinceramente, ¿no me vas a pedir algún día que me case contigo? —exclamó alegremente.

—¿Eres adivina?

—¿Qué me dices de la intuición femenina?

Sin dejar de trotar, Sands viró en redondo y la agarró por un brazo.

—Vamos a desayunar y continuaremos discutiendo el asunto —dijo.

—Ah, pero ¿hay que discutir algo todavía?

Sands miró un instante al cielo.

—No, creo que ya está todo dicho —contestó.

De pronto, se echó a reír.

—Hay que ser práctico, sí, señor. Eso de reducir gastos es una idea muy sensata, María.

Bruscamente, se detuvo, la abrazó fuertemente y la miró al fondo de los ojos.

—Hay que sellar el trato —exclamó.

—¡Adelante, Gus! —invitó ella.

«King» se sentó sobre sus cuartos traseros y los contempló mientras se besaban.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

